

5/abn/08
8/NOV/08
JHK
JHK

Seminario de Dramá

LAS CARTAS DE MOZART
de
Emilio Carballido

Seminario de Dramá

1079272

Seminario Multidisciplinario Josemilio González
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

drsr5
C.1

PERSONAJES

Por orden de intervención;

Malvina _____
Renata _____
Margarita _____
Marcelo _____
El joven _____
Martín _____
Viola _____
Gente sospechosa, que se entrevé

Obra estrenada el 30 de octubre de 1975 en el Teatro Jiménez Rueda, de la ciudad de México, por el INBA, con escenografía de Antonio López Mancera. El estreno de "Las cartas de Mozart" fue un homenaje a los 25 años de vida profesional del autor y del escenógrafo.

LAS CARTAS DE MOZART

En la ciudad de México.
La época: hacia 1870

El interior de una papelería y sedería:

Hay tres paredes: a la derecha y también al fondo, las estanterías, que están llenas de cajoncitos sin letreros ni seña alguna que indique lo que contienen. El oscuro color de la madera predomina. La tercera pared va, diagonalmente, del fondo al primer término izquierda. Tiene una puerta grande, de cristales, que da a la calle; una ventana fue convertida en modesto escaparate, donde se ven algunas mercancías: hilos, botones, postales, plumas, catecismos, libros de misa, rosarios, abanicos. Sobre la puerta pueden cerrarse maderas y ponerse una barra.

Hay, al fondo y al centro, una puerta amplia que da al interior de la casa: resulta profunda como nicho, por estar empotrada en las estanterías. Por ella se entrevé un ambiente de gasas, camedores y muebles segundo imperio.

El mostrador, en escuadra, ocupa parte de la derecha y del fondo. Hay un pequeño sofá y uno o dos butaques, para los clientes. Una silla rústica, tras el mostrador. Un helecho frondoso, en un rincón. Una imagen religiosa y una palma bendita, sobre la puerta. Una campanita también, la cual suena cuando ésta se abre o se cierra.

La Alameda:

Es como una impresión de sombras y reflejos, que casi no permite ver a los actores: tal vez se haga con un biombo corrido en el filo del proscenio, formado por muchas líneas entrelazadas (las ramas, la arboleda) y por gasas (hojas) temblonas, traslúcidas. Al venir la luz, se entreverá una perspectiva de globos opacamente, amarillentamente luminosos: los faroles.

Lados: los del actor.

Música de clavecín o piano. Luego cesa.
 No hay más luz que la que llega de la calle. Un silencio.
 El reloj de la Catedral da las once. Un coche de caballos
 llega y se detiene, muy cerca. Luego voces, risas.
 La puerta se abre y entran Malvina, Renata, Margarita y
 Marcelo.

Hablan atropellándose, a veces simultáneamente.
 En ese instante, vuelve la música: un allegro.

MALVINA.- ...Esa nota tan alta, tan alta, ¡cómo pudo alcanzar-
 la! Notas que parecen estrellas...

RENATA.- ...En el palco de junto, ¿no era maravilloso? Qué ter-
 ciopelo, qué rubíes. Vestirse así es como ser un gran trago
 de vino. Extranjera seguramente; entre nosotros nadie sabe
 portar la ropa de esa manera.

MARCELO.- (Casi simultáneamente) Una soprano excepcional, eso es
 todo, un prodigio humano. En Italia se dan muy a menudo.
 Todas cantan así en Scala, en la Opera de Roma, en la Fenice
 de Venecia...

MALVINA.- Yo quisiera acordarme de un aria de La Sonámbula que
 se parece a ésta...

RENATA.- ¡Jamás se han parecido La Sonámbula y Las Bodas de Fi-
 garo! Has de estar loca, criatura. O sorda.

MALVINA.- Sería entonces Orfeo y eurídice, eso ha de haber sido.
 Era algo de una mujer dormida o muerta. ¿Eurídice es esa
 que el amante la saca del infierno y se salvan y se van al
 cielo?

RENATA.- No. Eso es Don Juan Tenorio y no es ópera.

MALVINA.- Tienes razón.

(Margarita ha encendido luces. De pronto, da uno que otro
 paso de baile, únicas señales de su contento.
 La música sube a ff.)

RENATA, MALVINA Y MARCELO A LA VEZ.- Los intermedios, ese bullir,
 esa alegría, no hay como una gran noche de teatro con tra-
 gos de champaña en el intermedio; ¿cómo no sonreírle a todo
 mundo, si todo el teatro es una sonrisa?...

- Yo quisiera tener una garganta así; cuando una de esas
 cantantes muera no tiene más que lanzar una de esas fermatas

y ya, subir al cielo muy ligerita por la escala de su propia voz...

- Recuerdo ese teatro de la Scala. Ah, Milano, este teatro Nacional no es nada, este teatro nuestro tan chico, tan oscuro, tan pobre. Aquellas luces, aquellas voces, aquellos públicos tan sabios, aquellas damas italianas, ah, la bella Italia...

(Con este trío, la música llega a un remate y calla. Al fin va a precibirse nítidamente el diálogo.

MALVINA.- (Muy vulgarota) En resumen: que la ópera estuvo preciosa.

RENATA.- (Suspira) Estar dentro de un ascua, empaparnos de un no sé qué inmortal...

MALVINA.- Ay, yo también sudé muchísimo.

RENATA.- (Fina) Malvina, hablo del espectáculo y del público. Y es muy vulgar mencionar los líquidos que nos brotan del cuerpo.

MALVINA.- Yo dije muy claramente sudor. Pero tú lo describes como si hubiera yo dicho...

RENATA.- ¡Malvina!

MALVINA.- Ya sé, no los iba yo a mencionar. Pero vamos a ver: las lágrimas no son vulgares, y son líquidas y salen del cuerpo.

RENATA.- Porque brotan de los ojos, que son el espejo del alma.

MALVINA.- De los párpados también brota sudor.

RENATA.- Pero no son espejo del alma. Son... el marco del espejo.

MALVINA.- El caso es que hacía mucho calor. Ay, tan rica la champaña helada. Qué delicia, Dios mío. Lástima que no hubo más intermedios.

RENATA.- La salida es muy deprimente: mendigos, gentuza... Gente que podría ganarse el pan en forma honesta, mendigando y vendiendo basuras: papeles impresos, semillas tostadas, rositas, violetitas... ¿Vieron a ese muchacho que tocaba el violín? Muy joven. ¿Por qué no trabaja, a ver? Mendigar a esa edad...

MARCELO.- Por cierto, no era muy fácil lo que tocaba, buena técnica.

MALVINA.- Ya nada es lo mismo. En tiempos del Imperio, ¡cuándo iba a verse ese espectáculo! Los gendarmes corrían a golpes a los mendigos, o se los llevaban. Pero ahora todo anda mal.

(Mientras siguen hablando, Marcelo se acerca disimuladamente a Margarita. Ella se aleja, sin disimulo, al otro extremo de la tienda. Esto se repite. Renata los observa. Al fin, ella se acerca a Marcelo, él se aleja y queda viendo a la calle. Mientras:)

RENATA.- Resulta un poco deprimente ver que les peguen a los mendigos. Deberían suprimirlos de otro modo.

MALVINA.- Bueno, pero también les arrojaban monedas de oro desde la carroza imperial. Ay, yo estuve una noche así, una noche de gala: cantaban Ifigenia. Ellos estaban en su palco. La emperatriz se veía preciosa, era como una nube de encajes con un cisne dentro, porque esa mujer tiene un cuello y unos hombros tan primorosos... O los tenía, no sé. Dicen que la locura desfigura mucho a la gente, será por tanto hacer muecas. Pero el emperador era una gloria: esa cara de sol, de moneda de oro, de porcelana, de muñeco, de rorro, lleno de pelos rubios, una cascada, y esos ojos, ¿has visto esas cajas chinas de esmalte azul? Pues iguales sus ojitos. Cuando llegó, todos le hicimos la reverencia en el teatro, hasta una pobre señora que exageró la nota al inclinarse y se cayó de su palco a la luneta, se rompió no sé cuantas cosas la infeliz, ya ni pudo ver la función, se la llevaron hecha una desgracia. A ella y a dos hombres que les cayó encima. ¡Y las estrofas del himno imperial! Tocadas por la orquesta, hacían que se nos pusiera chinito el cuerpo, yo me estremecía toda: "Mexicanos, al grito de guerra..."

MARCELO.- ¿No es ése el himno nacional?

MALVINA.- Sí, pero en esas ocasiones se llamaba el himno imperial, como ahora es el himno presidencial. En cuanto supe que venían Max y Carlotita le dije a esta criatura: niña, a estudiar alemán. Porque en Austria se habla el alemán, ya me informé. Y ella estudió y aprendió mucho. A ver, dinos algo en alemán, anda.

MARGARITA.- (Sin tono) Eine, zwei, drei, vier, fünf sechs, sieben...

MALVINA.- Eso quiere decir: "buenos días, ¿cómo están ustedes?"

RENATA.- Malvina, ¿qué, no era de otro modo?

MALVINA.- Yo pensé: tan bonita mi muchachita y hablando alemán, pues va a ser dama de la corte. Y un día fuimos porque tenía yo mis palancas... ¡Qué decepción! Todo mundo en la corte hablaba francés. Y Margarita se quedó con su alemán aprendido y sin que nadie le dijera ni "ahí te pudras". Digo, ni "ahí os pudrais", porque eso si, hablaban con finura. Qué buena suerte, digo ahora: Dios es grande y nos protegió: a los tres años todo mundo andaba a las escondidas, mataron al pobre Max, yo me puse luto por él, y esa infeliz, qué lástima, qué tragedia, ¡loca! Dinos alguna otra cosa en alemán, hijita.

MARGARITA.- Die Welt wird Traum, der Traum wird Welt.

MALVINA.- En realidad, me gustan más las óperas que acaban mal.

Leonor, envenenada, el trovador quemado vivo, el conde de Luna loco y a la gitana seguro que la han de matar después. Eso es un buen final. No que aquí todo mundo se casa... Ni siquiera, porque los Almaviva ya estaban bien casados.

RENATA.- Ay, Malvina, la crítica mundial considera FIGARO una ópera muy buena.

MALVINA.- No digo que sea fea, no. Pero Leonor envenenada, el conde loco, ja, ja, ja, (rie a carcajadas) el miserere: la, la, lala, la, la. Divino.

MARCELO.- Bueno, creo que ya es hora de...

RENATA.- ¿Quieres una taza de té?

MALVINA.- Un chocolate, mejor. ¿Verdad? Chocolatito caliente... ¡hace frío!

RENATA.- ¿Qué tanto ves?

MARCELO.- Alguien... parecía venir hacia acá. Se quedó allí, en el recodo, como escondiéndose.

RENATA.- ¿Quién era?

MARCELO.- No sé... A contraluz...

MALVINA.- Algún vecino. Margarita, ve a preparar el chocolate.
Y no te ensucies el vestido.

(Sale Margarita)

MARCELO.- Yo la veo triste. Y muy callada.

RENATA.- Estaba hasta bailando. Pero Malvina se suelta y nadie puede hablar ya.

MALVINA.- Renata: tú también tienes lengua. Y la usas, la usas.
Esa niña está melancólica por su madrina, es eso.

RENATA.- Yo dije que no fuera al teatro. Se ve mal. Ella, al menos debió quedarse.

MALVINA.- Tres meses de luto riguroso por una tía carnal o por una madrina es lo correcto. Por los hermanos, son seis.
Por los padres un año. Por los hijos, dos. Y por los cónyuges...según. Ayer cumplió su madrina los tres meses.

RENATA.- Pues si, pero le dejó herencia, un buen piquito. Pudo habersele guardado un poco más de luto.

MALVINA.- Eso mismo le dije yo a Marcelo, fue él quien insistió.

MARCELO.- El testamento decía: "Dejo a mi ahijada Margarita este legado, con la esperanza deque la haga feliz". Y el luto no es una dicha, que yo sepa.

RENATA.- Pues esa pobre difunta lo ha de haber preferido a la ópera, segura estoy.

MARCELO.- Por cierto, han de entregar el dinero esta semana.
Debo ir al notario.

MALVINA.- Usted es nuestra providencia.

RENATA.- Hay que pensar muy bien cómo invertir eso.

MALVINA.- Vamos al comedor. Pase, Marcelo.

MARCELO.- Después de ustedes.

RENATA.- Pasa, Malvina, para que pongas la mesa.

(Sale Malvina. Marcelo espera que Renata pase. Ella se qued viéndolo. Apaga luces, deja una sola, tenue. El va a salir entonces al comedor, sin esperar más. Ella trata de detenerlo por la ropa: le arranca un botón.)

MARCELO.- Renata: me has arrancado un botón.

RENATA.- Digo yo, el tiempo es algo cruel.

(Entra Marcelo)

MARCELO.- Creíamos que... Margarita estaba aquí.

MALVINA.- Se iría a su cuarto. No sé. Iba yo a coser el botón.

Permítame.

MARCELO.- No se moleste.

MALVINA.- No, no es molestia. ¿De qué está sucio este botón?

(Lo ve, lo huele) De nada, ¿verdad? Está limpio.

MARCELO.- Ciertamente, eso espero.

MALVINA.- Sí, claro. Bastante limpio. Tenga. ¿Deveras no quiere que se lo cosa? (Se lo entrega con la punta de los dedos)

MARCELO.- Gracias, no es necesario. Mi ama de llaves arregla toda mi ropa.

MALVINA.- Había tan mal de un hombre solo... tener un ama de llaves que trabajó de cómica...

MARCELO.- Ella sabe que voy a despedirla en cualquier momento.

(Pausa) Tengo que hablar con usted.

MALVINA.- Sí, cuando guste. ¿Hablar? Ahora, ¿por qué no? Mientras tomamos el chocolate...

MARCELO.- ¿Es algo que se refiere a...?

MARCELO.- Mañana. Buenas noches. (La ve) Piénselo, mientras.

MALVINA.- ¡Renata! ¡Margarita! ¡Ya se va Marcelo!

MARCELO.- (Aprisa) Ya me despedí de Renata.

MALVINA.- ¡Margarita! (Pausa) ¡Margarita! (Pausa)

MARCELO.- Estará en su cuarto. No la oiré. (Suspira) Hasta mañana.

(Va a salir) ¡Pero... ha visto usted! ¡No puede ser!

MALVINA.- ¿Qué sucede?

MARCELO.- ¡Está nevando! (Se quedan admirados, viendo caer la nieve)

MALVINA.- Corra a su coche, no le vaya a dar pulmonía. ¡Qué anormalidad, nevar. Voy a avisarle a Margarita, hace un momento soñaba con la nieve. Ande, a su coche. No se enfíe ¡Qué horror!

(Sale Marcelo. Malvina cierra, pone la barra y corre al interior, llamando a las otras:)

MALVINA.- ¡Renata, Margarita! ¡Está nevando! ¡Asómense a la ventana y verán!

(Se oye partir el coche de caballos. Por fuera, vuelve a pegarse el joven a los vidrios de la puerta. La nieve le cae encima. El, parece que trata de ver a alguien.
-Lentamente, oscuridad-)

(2

Luz de mañana.

Margarita ve figurines en una revisa, acodada en el mostrador. Va al espejo: se suelta el pelo y se ve: ensaya otros peinados, improvisándolos. Se desmelenan horriblemente.

Entra Martín.

MARTIN.- ¿Ves cómo estás loca? Te he estado observando.

MARGARITA.- ¿Por qué no entrabas?

MARTIN.- Por espiarte.

(Ella se arregla el pelo como puede.)

MARGARITA.- Al llegar a un lugar, se saluda a la gente. No eres burro.

MARTIN.- Buenos días.

MARGARITA.- Buenos días.

MARTIN.- ¿Qué es eso? (Martín siempre curioseaba y tiente todo)

MARGARITA.- Figurines. Me podría comprar un vestido. O mandarlo hacer. Podría comprar... muchas cosas. ¿Te acuerdas de la hormiguita?

MARTIN.- ¿Cuál?

MARGARITA.- Esa que se halló el centavo. "Si compro pan, se me acaba, si compro frijoles, se me acaban" decía. Y por fin, se compró colorete, moños, ropa muy bonita... ¡y todo para casarse con un ratón viejo y asqueroso! ¿Cómo es posible? ¿Pues qué no había mariposas o cigarras, o... algo bonito? Esa hormiga era imbécil.

MARTIN.- ¿No era más lógico que se casara con un hormigo?

MARGARITA.- No, porque no trabajan ni son bonitos.

MARTIN.- Las mariposas son mujeres, igual que las hormigas.

MARGARITA.- Tonto, también hay mariposos, pero no se les dice así.

MARTIN.- ¿Por qué?

MARGARITA.- Pues... pues no suena.

MARTIN.- Y luego el ratón se ahogó en una olla.

MARGARITA.- Lo ha de haber empujado la hormiga. Te tengo un regalo.

MARTINE.- ¿Si? ¿De veras? (Ella asiente) ¿Y me lo vas a dar?

MARGARITA.- No sé. Deja que me desenoje más.

MARTIN.- ¿Por qué te enojaste?

MARGARITA.- Porque me espiabas. Bueno, ya me desenojé: ten
(Le da un diábolo.)

MARTIN.- ¡Viva la Patriá! ¡Es magnifiquísimo! ¡Esto quería yo,
desde hace mucho!

MARGARITA.- Ya sé. Por eso te lo compré.

MARTIN.- Te has vuelto muy rica, ¿verdad?

MARGARITA.- Se murió mi madrina y me dejó tres mil pesos. Fí-
jate: no alcanza para una casita, no alcanza para poner otro
negocio. Y es demasiado para gastarlo. Voy a tener que guar-
darlo.

MARTIN.- Puedes gastar un poco, ¿no?

MARGARITA.- Muy poco, porque si no, se acaba. Compré unos regalitos.

MARTIN.- ¿Qué compraste? ¡Mi diábolo!

MARGARITA.- Si. Y un corsé nuevo para mi tía, porque ya al suyo
se le salían las varillas y parecía puercoespín la pobre.
Y una bata de casa, muy elegante, para mi mamá.

(Suspira, camina al espejo, se arregla con cuidado el pelo.
Hace gestos nerviosos, preocupados.)

MARTIN.- ¿Qué te pasa?

MARGARITA.- Ay, Martin, yo creo que mi mamá está haciendo unos
planes. Estoy MUY preocupada.

MARTIN.- ¿Qué más te da que haga planes?

MARGARITA.- Todos sus planes son conmigo.)

(Sorpresivamente, música.) |Para armónica de vidrio, K.617|

El joven entra y se queda viendo a Margarita, sin decir nada:
trae puesta la capa, está muy pálido y muy desarreglado. Ella
se va retirando las manos de la cabeza y el cabello le cae,
suelto. Martín ve al joven, la ve a ella.

MARTIN.- Mmh...

Ellos callan aún. Al fin, suavemente y como continuando una
conversación normal:

EL JOVEN.- No pude.

MARGARITA.- Y al otro día, tampoco. Tampoco al otro.

EL JOVEN.- No pude, no pude. Y en toda la semana, no pude.

(Cesa la música)

MARGARITA.- Ah.

MARTINA.- Las personas que no son burros, saludan al llegar.

MARGARITA.- Cállate, Martín, no seas grosero. Ni conoces al señor.

MARTINA.- Tú tampoco.

MARGARITA.- Yo no le digo burro. ¿Y qué se le ofrecía?

EL JOVEN.- Vender algo.

MARGARITA.- ¿Comprar algo?

EL JOVEN.- Vender algo.

MARGARITA.- ¿Por qué está tan pálido?

EL JOVEN.- No sé. ¿Estoy pálido? (Se recarga en el mostrador, como si fuera a desmayarse)

MARGARITA.- Está sudando. ¿Siéntese!

(El joven se sienta)

MARTIN.- Ha de ser de hambre.

MARGARITA.- ¿Cómo crees? (Lo ve) ¿Es de hambre?

EL JOVEN.- Podría ser, pero posiblemente no.

(Margarita sale rápidamente)

MARTIN.- Yo te vi tocando el violín en la puerta de la iglesia.

Eras tú, ¿verdad? En el estuche te habían echado un poco de dinero.

EL JOVEN.- Sí. Era yo.

MARTIN.- Mmh... ¿Por qué no vas a vender... lo que vendes... a otra parte?

EL JOVEN.- No es algo que cualquiera pueda comprar.

MARTIN.- ¿Y tu violín?

EL JOVEN.- No es mío: es de un músico de la orquesta, que me lo presta a veces.

(Entra Margarita, con un vaso de leche y un plato.)

MARGARITA.- Tenga: es carne fría, por eso no importa que esté fría.

EL JOVEN.- Gracias. (Empieza a comer con finura y rapidez)

MARTIN.- (Los observa, ve a Margarita) Mmmh. Adiós. (Sale furioso)

EL JOVEN.- La vi salir de la ópera.

MARGARITA.- Si, esa noche fui a la ópera.

EL JOVEN.- Yo estaba allí. La vi. Pensé: le ha de gustar la música. Cantaban Las bodas de Fígaro.

MARGARITA.- Sí. A esa función fuimos.

EL JOVEN.- Por eso vine. Para venderle... (Calla y come)

MARGARITA.- ¿Para venderme qué?

(El acaba de comer)

EL JOVEN.- Muchas gracias. (Devuelve trastos y cubiertos)

Esta es una de esas tiendas en que hay estampas de grandes hombres, vistas de la ciudad, encajes y cintas y rosarios.

MARGARITA.- Sí, eso vendemos.

EL JOVEN.- Y libros de misa, imágenes religiosas...

MARGARITA.- Sí, también...

EL JOVEN.- Y manuscritos de gente célebre: autógrafos, páginas de música salidas de la pluma de algún compositor, dibujos originales.

MARGARITA.- No, eso no vendemos.

EL JOVEN.- Pero podrían. En Europa hay tiendas así.

MARGARITA.- No sé, nunca he estado en Europa.

EL JOVEN.- Yo sí. Esta... creí que era ese tipo de tienda.

MARGARITA.- No, no es.

EL JOVEN.- Podría serlo.

MARGARITA.- Tal vez, no se me había ocurrido. ¿Para qué?

EL JOVEN.- Para que me comprara las cartas. Vendo tres cartas Mozart.

MARGARITA.- ¿De Mozart?

EL JOVEN.- Sí, de él. ¿Quiere verlas?

Ella asiente. Vuelve a oírse la música: él saca las cartas y las da a Margarita. Ella las examina. Lee párrafos con trabajo, moviendo los labios. Ve la firma.

MARGARITA.- Johannes Chrisostomus Sigismundus Wolfgang Gottlieb Mozart.

EL JOVEN.- El era muy bromista. A veces.

MARGARITA.- ¿En cuánto las vende?

EL JOVEN.- Tres mil pesos.

MARGARITA.- (Se espanta) Tenga.

Se las devuelve. Cesa la música. El joven las guarda.

EL JOVEN.- Voy a volver mañana.

MARGARITA.- Bueno. ¿Y va a querer comer?

EL JOVEN.- Sería agradable... en caso de que fuera posible. Hasta mañana. (Ella lo ve sin contestar. El sale. Ella va tras el mostrador. Entra Malvina.)

MALVINA.- ¿Quién salió?

MARGARITA.- Estuvo aquí Martín.

MALVINA.- ¿Compró algo?

MARGARITA.- No.

MALVINA.- Ah, va a volver al rato. Lo manda su madre por algún encargo, se le olvida y tiene que regresar. Eso no es normal.

MARGARITA.- Se distrae.

MALVINA.- Mmh. Cuando a un muchachito de esa edad se le olvida todo es por algo que tú no estás para saber. Y va a acabar idiota.

MARGARITA.- ¿Por qué ha de acabar idiota Martín?

MALVINA.- Porque así sucede, me lo han dicho personas bien informadas. ¿Le diste de comer! ¿No tiene casa ese niño?

MARGARITA.- No traje esto para Martín.

MALVINA.- No mientas, Margarita.

MARGARITA.- Yo nunca miento: Martín no probó ni una migaja.

MALVINA.- Ah. Pues no me gusta que comas aquí en la tienda, no se ve bien. Ni que salgas como india brava: péinate. Ya pensamos lo que puede hacerse con tu dinero: dárselo a Marcelo para que lo preste a rédito. En un año, o poco más puedes tener lo doble.

MARGARITA.- ¿Y por qué no me preguntan a mí si algo se me ha ocurrido?

MALVINA.- ¿Y a tí por qué se te había de ocurrir algo?

MARGARITA.- (Quedo) Yo no quiero que ese hombre manosee mi dinero.

MALVINA.- ¿Qué estás diciendo?

MARGARITA.- Que mi madrina dejó el dinero para que yo fuera feliz, no Marcelo.

MALVINA.- Ingrata esta. Va a manejarlo para tu provecho. Es un sacrificio.

MARGARITA.- Le encanta prestar dinero, aunque sea ajeno.

MALVINA.- Ahora sí me estoy enojando. Pero mucho. Un día vas a matarme de un coraje. ¿Qué harías, si no, con tu dinera, a ver?

MARGARITA.- Esta tienda podría... mejorar. Vender cosas ¡preciosas! Firmas de gente célebre. Cartas de músicos y poetas. ¡Hojas de música inmortal! Dibujos... Sería una tienda preciosa.

MALVINA.- ¿Qué aberraciones dices?

MARGARITA.- En Europa hay tiendas así.

MALVINA.- ¿Cuándo has ido a Europa?

MARGARITA.- Podríamos ir con tres mil pesos.

MALVINA.- Si. Y a China, ¿Por qué no? ¡Marcelo va a administrar ese dinero y se acabó! Y vete dando cuenta de que ese hombre es admirable y de que ha sido, durante años, nuestro único apoyo. Y es guapísimo. Y no está casado, ¿eh? No-esta-casado.

MARGARITA.- Ni su madre tampoco.

MALVINA.- ¡Me vas a matar! Con un coraje así, vas a matarme un día, te lo advierto. ¡Irrespetuosa! ¡Grosera! La madre de Marcelo fue un ángel intachable.

(Entra Martín, con su diábolo.)

MARTIN.- ¿Esa es la bata que le regaló Margarita?

MALVINA.- ¿Qué se te ofrece, niño? Pídelo pronto y vete.

MARTIN.- Hilo de bordar, como éste. (le da un trocito)

(Malvina empieza a abrir y cerrar cajones, al azar.)

MARTIN.- ¿Ya se fue?

MARGARITA.- Ya.

MARTIN.- ¿Y qué vendía?

MARGARITA.- Unas cartas.

MARTIN.- ¿Cartas?

MALVINA.- ¿Ya se fue quién?

MARTIN.- Un mariposo.

MALVINA.- Se dice mariposa. ¿Dónde rayos está el hilo de bordar?

MARTIN.- ¿Por qué está usted tan enojada?

MALVINA.- ¿Qué te importa niño? Ocupate de tus asuntos.

(Margarita toma la muestra, abre un cajón y saca el hilo. Lo da a Martín. Este paga y va a salir.)

MARTINA.- ¿Va a regresar?

MARGARITA.- ... Yo creo que sí.

(Martín sale dando un portazo.)

MALVINA.- ¡Vas a romper un vidrio! ¡Y se lo voy a cobrar a tu madre! ¿De qué demonios de mariposa estaba hablando ese enano?

MARGARITA.- Ya que estás aquí, voy a peinarme. (Sale con los trastos)

MALVINA.- Mariposas... ¿quién rayos va a regresar?

3

Atardecer. Está Malvina, con su misma bata. También Renata, muy arreglada.

RENATA.- Le compró un diábolo a ese muchachito antipático que está aquí metido todo el día. Su madre me contó.

MALVINA.- Eso sí no lo sabía yo. ¿Y qué más?

RENATA.- Yo no sé de más, pero ya son tres gastos: mi corsé, tu bata y ese juguete tan caro.

MALVINA.- Pues ya no va a tocar un centavo. La encontré viendo figurines: le dije que, por respeto a su madrina, debe seguir guardando un medio luto decoroso. Y que no vuelva a acercarse a ese dinero.

RENATA.- ¿Dónde lo guardas?

MALVINA.- Debajo del colchón. Voy a cambiarle de sitio: hace un bulto espantoso y duermo mal. Y ella es muy obediente, pero la tentación es la tentación.

Entra el joven, de golpe. Ve a las mujeres. Da la vuelta a la tienda con mucha naturalidad, como si fuera por la calle, pasando un dedo por todo el filo del mostrador. Sale otra vez.
Las mujeres lo ven, se ven.

MALVINA.- ¿Y éste?

RENATA.- ¿Pero has visto?

MALVINA.- ¿Y ése a qué entró? ¡Como si esto fuera la calle!

RENATA.-)Va a la puerta. Grita, de mal modo) ¡Oiga! ¿Qué se le ofrecía? ¿Qué busca? No me oyó. Se largó.

MALVINA.- Ha de estar loco.

RENATA.- Ese moscón... yo ya lo he visto antes.

MALVINA.- ¿Cómo? ¿Moscón dijiste?

RENATA.- Si, ¿qué tiene?

MALVINA.- (Revolotea las manos sin dar con la asociación)

No se... Como que pensé...en algún otro animal.

RENATA.- Ya van dos veces o más que me lo encuentro en algún lado
¡Por aquí cerca!

MALVINA.- ¿Será un vecino?

RENATA.- ¿Vecino? Mis narices. Esto me da mucho que pensar.

(Entra Martin, Las ve.)

MARTINA.- Mh. ¿No está Margarita?

RENATA.- Ay, Martincito, pasa. Ahorita la llamo, ¿eh? Oye, ¿Tú viste a un hombre que acaba de salir de aquí?

MARTINA.- ¿Uno de capa, joven, delgado, de nariz larga?

MALVINA.- Si, ese.

MARTINA.- No, no lo vi.

RENATA.- ¿Pues es el mismo que has descrito! ¿Cómo, si no lo viste?

MARTIN.- Ah, es que me lo encontré hace unos días.

MALVINA.- ¿Saliendo de aquí?

MARTINA.- No, en Catedral.

RENATA.- ¿Y por qué te fijaste en él?

MARTIN.- Porque... venía del brazo del arzobispo.

MALVINA.- ¿Del brazo de su ilustrísima? ¿Y qué hacía con él?

MARTIN.- Platicaba y tocaba el violín.

RENATA.- ¡¿En Catedral?!

MARTIN.- Bueno, iban saliendo.

(Sale corriendo a la calle)

MALVINA.- Oye, espérate. Ya se largó. ¡Dice que ese hombre es algo del arzobispo!

RENATA.- Aquí hay algo que no me suena. Esas son tonterías o mentiras.

(Entra Marcelo)

LAS DOS.- Marcelo, adelante, que gusto de verlo...

Dichosos los ojos, por donde salió el sol...

(El besa la mano a ambas)

AMRCELO.- Valió la pena ausentarme, para ser tan bien recibido.

RENATA.- Marcelo, a ti se te acoge siempre como a un sultán.

MALVINA.- Los sultanes son esos que tienen muchas esposas. Di, mejor, como a un príncipe.

RENATA.- Pues yo creo que él prefiere como a un sultán. Y en esta casa, llena de mujeres... (Risita artificial)

MARCELO.- Renata, si dices esas cosas, parece que voy a casarme con las tres.

MALVINA.- (Risitas nerviosas) Y con una es bastante, ¿verdad? (Pausa) Marcelo... No le he dicho nada. No la he visto de humor, la verdad. Se ha portado... rara, y... Esperando el mejor momento... (Calla)

MARCELO.- ¿Sabe que consiente demasiado a esa muchacha? No es una niña, es una mujer. Ya está en edad de disciplina y obediencia.

MALVINA.- Si, lo sé, lo sé. Todos me lo han dicho: que soy un torrente de amor maternal y voy a ahogarla. Déjeme ver hoy, en la noche. O mañana...

MARCELO.- ¿Quiere que se lo diga yo?

MALVINA.- Tal vez fuera mejor, aunque ¿y si se pone malcriada, y de momento dice que no? Iba usted a disgustarse, ¿verdad? Déjeme hablar hoy con ella.

RENATA.- ¿Y de qué van a hablarle, si puede saberse?
-Entra Viola.

VIOLA.- ¿No está Martín aquí?

RENATA.- ¡Vino y se fue.

VIOLA.- Le encargué unos botones. Le di el dinero. Ese muchacho olvida todo en cuanto viene acá.

MALVINA.- ¿Por qué no le amarra la manita? Para que se acuerde.

VIOLA.- Pues deme los botones, por favor. Son unos negritos, con dorado, franceses, así como... Si me los enseñan, los reconozco.

MALVINA.- Mejor mande otra vez a Martín, o vuelva más tarde.

RENATA.- Dáselos de una vez, ¿qué te cuesta?

MALVINA.- ¿Que estábamos hablando con Marcelo!

RENATA.- La que tiene tienda, que la atienda.

MALVINA.- Las dos tenemos tienda, ¿no?

(Calla, Empieza a abrir y cerrar cajones con furia, muchísimos)

RENATA.- ¿qué haces?

MALVINA.- Busco los malditos botones.

VIOLA.- Ay, doña Malvina. Si quiere, me voy.

MALVINA.- No la maldigo a usted, sino a sus botones. ¿Por qué rayos no se le pone un letrerito a cada cajón? Eso es lo

Eso es lo que digo siempre.

RENATA.- Porque no se ven elegantes, es una vulgaridad. Esto iba a parecer botica.

MALVINA.- Pues encuéntralos tú.

(Renata, muy distinguida, abre dos o tres cajones. Luego, bastantes más, cada vez más aprisa.)

RENATA.- ¿Por qué no se los pides a Margarita, Malvina?

MALVINA.- ¿Por qué no se los pides tú?

RENATA.- Pase con confianza, doña Viola. Margarita está allá adentro.

(Sale Viola)

RENATA.- ¿Y de qué van a hablarle a Margarita?

MALVINA.- (Sonríe) Una proposición de Marcelo. Creo que podemos decírselo a Renata, ¿verdad? Aunque sería mejor despues...

MARCELO.- Como usted guste.

(Vuelve Viola)

VIOLA.- Ay, qué pena. Dice que ahorita viene. Me hubieran advertido que está ocupada.

MALVINA.- No importa, en un momento... ¿Ocupada en qué?

VIOLA.- Le está dando de comer a un señor.

MALVINA, RENATA Y MARCELO.- ¿Cómo?

VIOLA.- A un señor joven que no conozco.

(Los tres se ven)

MALVINA.- ¿Cómo era?

VIOLA.- Delgado, pálido, de nariz... puntiaguda...

(Entra Margarita)

MALVINA.- ¿A quién le estabas dando de comer?

MARGARITA.- Le di un poco de dulce a Martin.

(Malvina, muy aprisa va al interior.)

VIOLA. ■■■ ¿A Martin? Pero... ése no era mi hijo. Era un hombre.

MARGARITA.- Martín ha crecido mucho últimamente.

(Entra Malvina)

MALVINA.- En la cocina no hay nadie.

VIOLA.- Está diciendo que ese hombre en la cocina era Martín

MARGARITA.- Martín estuvo conmigo y le di dulce. ¿Qué botones quiere?

(Entra Martín de la calle)

MARTIN.-Ah, venía yo por tus botones...

VIOLA.- ¿Ven como no era Martín el que estaba ahorita en la cocina? ¿Dónde estabas? di.

(Martin los observa a todos)

MARTIN.- En la cocina.

VIOLA.- ¡;Cuándo?!

MARTIN.- Ahorita. Cuando...cuando entraste y no me conociste.

MARGARITA.- ¿Estos son? (Los botones)

VIOLA.- ¿Y cómo, entonces...vienes por acá?

MARTIN.- Le di la vuelta a la casa, por fuera.

VIOLA.- A ver, párate junto a mi. Ay, Dios mio. Estás altísimo. ¡Ya eres un hombre! (Empieza a llorar) Vuelve uno la vista...

y sus hijos son hombres. Ya no los reconoce una cuando los ve... Paga y vámonos hijo.

(Salen ella y Martín)

MARCELO.- ¿Con quien estaba usted en la cocina?

MARGARITA.- ¿No oyó a Martin?

MARCELO.- Quiero oirla a usted.

MARGARITA.- No se me acerque.

MARCELO.- Usted va a ser mi esposa. Su madre ya me concedió su mano.

MALVINA.- ¡Ay.Hija,qué bueno! ¡Te felicito!

(Margarita ve a todos. Sale.)

MALVINA.- Es la impresión. Se ha de haber emocionado mucho. Se quedó muda. Si hasta yo... Marcelo... Me alegro tanto... Voy a servir un poco de jerez. Esa Muchacha, tantas preocupaciones, tanto pensar "y qué va a ser de ella si, yo me muero"... Pues ya, dejarla viuda siquiera, digo, huérfana, casada, con su respeto junto... Voy por el jerez. (Sale).

RENTATA.-Felicitaciones.

MARCELO.- Renata, aquello no podía...

RENATA.- Cuando por fin fui libre... te alejaste.

MARCELO.- Sentí culpa. Ramiro y yo fuimos tan amigos...

RENATA.- Y yo pensé eso. Remordimientos. Y yo pensé: hay que esperar. Hay que callar y esperar, disimular y esperar, y con el tiempo...

MARCELO.- Para... mi hogar...Para...Entiende, para formar...
mi hogar..Un hogar... Es muy distinto, por favor, entiéndelo. Un hogar es sagrado.

RENATA.-¿Y porqué Margarita?

MARCELO.- Lo sabes.

RENATA.- Pero dímelo tú. Dimelo.

MARCELO.- Lo sabes.

RENATA.- Pero quiero que me lo digas. Quiero oírlo. Dilo.

MARCELO.- (Casi gritando) ¿Para qué? Lo sabes.

(Renata empieza a llorar)

RENATA.- ¿Se parece a mi? ¿Así era yo? ¿Por eso? (El no se mueve) ¿Y por qué no hablar a tiempo, antes? ¿Prevenirme? ¿Por qué hacerme creer y esperar, por qué... por qué?

MARCELO.- (En voz baja, despacio) Porque sabías. Tal vez antes que yo. Para eso eres mujer. Y fingías ignorancia por atormentarme, por amarrarme. Lo sabías todo. Lo veías todo. Sabías mis sentimientos, mis pretensiones, mi fastidio. Por eso me pareció innecesario hablar. Detesto la retórica inútil.

(Pausa. Renata retrocede, viéndolo. Entra Malvina)

MALVINA.- (La ve) ¡Esta tontita está llorando! (La acaricia)

Mujer. Es verdad, se nos casa la hija. (Suspira) Margarita no quiere tomar jerez. Más vale. A su edad, el licor... Marcelo, qué felicidad.

(Sireve, chocan las copas, beben. Renata empieza a sollozar, casi a gritos, sin poder dominarse por más que lo intenta)

MALVINA.- (Tierna) Ay, Renata, qué exagerada eres. Ni yo misma, mírame. Ni yo... (Suspira, se seca dos lágrimas) Salud. (Bebe) (Lentamente, oscuridad)

4

Oscurece. Margarita, de gris, está sentada en el sofá, bajo el helecho. Está temblando, parece enferma. martin espía a través de los vidrios, luego entra.

MARTIN.- Creí que no había nadie. Como está oscuro... ¿Qué tienes? (Ella niega solamente) Estás temblando. ¿Estás enferma? (Ella niega) Estás temblando. ¿No tendrás paludismo? (Ella niega) Ponte un chal, o algo, abrígate.

MARGARITA.- Tengo miedo.

MARTIN.- ¿No hay nadie? ¿Dónde están tu mamá y tu tía?

MARGARITA.- Fueron de compras.

MARTIN.- ¿Y está oscuro adentro? (Ella asiente) No le hace.

(Pone cara de valor) Voy a traerte un chal.

(Va, con cierta precaución, a la habitación. Sale. Estruendo dentro: tropezó y tiró algo. Pausa. Regresa corriendo, se frena al entrar. Avanza fingiendo mucha naturalidad.)

MARTIN.- Sí estaba oscuro. (Le da el chal. Ella se cubre.)

MARTIN.- Voy a encender una luz.

MARGARITA.- No.

MARTIN.- Si tienes miedo, mejor enciendo.

MARGARITA.- Me quieren casar.

MARTIN.- ¿Casarte? ¿Con quién?

MARGARITA.- Con don Marcelo.

MARTIN.- ¿Con ese viejo requete viejo? (Ella asiente) ¡Pues di que no y ya! (Ella niega) El cura va a preguntarte si quieres casarte con ese viejo de caca. Tú le dices "no", y ya.
(Ella se levanta y va a ver hacia la calle.)

MARGARITA.- Me da miedo la calle.

MARTIN.- Ya mero van a encender los faroles.

MARGARITA.- Camino por la calle... Y pasan carruajes, gente, hombres cargando bultos... Y nada tiene que ver conmigo. Y la gente... te empuja o te tropieza si no vas con cuidado. Y si te asomas a los zaguanes... ves tantas cosas: paredes derrumbadas, muebles envejecidos, niños sucios con la barriga al aire, viejas enfermas, tomando el sol en sillones desvencijados. Y ves gente llorando, y ves... ves suceder cosas: gente que se da golpes, yo la he visto, dos hombres pegándose y... oyes a veces que una mujer grita. Vi en un patio... vi... el velorio de un niño. Una cajita blanca... en derredor cantaban y bebían... Fue en esa casa que tenía el nicho de la Purísima. ¡Y tiraron la casa! Ruinas, escombros. Después hicieron otra... Y fue más gente a vivir, fueron más niños...

MARTIN.- Yo no me acuerdo de esa casa.

MARGARITA.- ¿Ves? (Pausa) Pon tú... Yo digo: "no, no quiero".

Voy a decir que no, seguramente. Supón pues, digo "no."
 ¿Y entonces?

MARTINA.- Entonces no te casas, tonta.

MARGARITA.- ¿Y vienen y me preguntan... qué quiero?

MARTIN.- ¡Les dices!

MARGARITA.- (Casi llorando) ¿Y qué voy a decirles?

MARTIN.- Lo que sí quieres.

MARGARITA.- Lo que sí quiero... ¿Tu quieres algo?

MARTIN.- ¡Claro!

MARGARITA.- ¿Qué quieres?

MARTIN.- (Animado. Es un largo tema) No sé. Fíjate.

MARGARITA.- ¿Ves? No sabes.

MARTIN.- ¿Cómo no sabes? Iba yo a empezar. Mira: podría yo ser plateado. Se gana bastante; vive uno en cuevas o iglesias abandonadas, hay que luchar, matar franceses... Podría también ser artista: hace uno todo y nada más lo vende, pura ganancia sin gastos. También es bueno ser ingeniero, sale uno mucho al campo, con muchos aparatos... ¿Sabes? Puedes casarte conmigo, en secreto.

MARGARITA. Ay, Martín.

MARTIN.- ¿Por qué no? Eso hacen todo el tiempo en las novelas que esconde mi mamá para que yo no las lea. Se casan en secreto, tienen hijos en secreto y ya no pueden casarse con nadie más.

MARGARITA.- ¿Cómo voy a casarme con un niño? ¡Tonto!

MARTIN.- Yo tendré unos ocho años menos que tú. Ese viejo ha de tener cien años más. ¿Ves? Podemos hacer muchas cosas en secreto.

MARGARITA.- ¿Qué cosas? ¡No me las digas! Ya no me digas tonterías. (Pausa) De niña fui muy feliz. Era muy chica cuando murió papá... Ni me di cuenta bien, no sufría casi. Y siempre he tenido todo: vestidos muy bonitos, muchísimas muñecas... Pobrecitas.

MARTIN.- ¿Por qué pobrecitas?

MARGARITA.- Hace tiempo que no les hago vestidos nuevos.

MARTIN.- Pero duermes con ellas.

MARGARITA.- ¡Claro!

MARTIN.- Se te han de encajar en las costillas.

MARGARITA.- Son niñas muy bien educadas.

MARTIN.- Si, pero ¡diecisiete! Yo no me le encajo en las costillas a nadie.

MARGARITA.- ¿Qué dices?

MARTIN.- Nada.

(Margarita va a un asiento. Se deja caer. De pronto, solloza violentamente.)

MARGARITA.- ¿qué voy a hacer, qué voy a hacer, qué voy a hacer? Yo no puedo aceptar.

MARTIN.- ¡Fúgate de tu casa.!

MARGARITA.- ¡No! ¡No! Yo no quería hacer nada, yo no quería que me pasaran cosas, yo no quería escoger, decidir, buscar. Todo es inmenso y espantoso, todo está lleno de caminos, todo está lleno de vejez, de hambre, de enfermedades o de guerra. Yo no puedo aceptarlo, yo no quiero avanzar, yo no quiero moverme, yo no quiero decir que sí ni que no, yo no quiero. Yo nada más quería bailar, tocar el piano, yo nada más quería... ¡cosas espléndidas! Cosas preciosas, pero nada es así. Es un viejo horroroso y malo, voy a decirle que se largue, que lo detesto, y se va a ir, pero no hay otras cosas, no hay lo que quiero, no hay, no hay... Y mi mamá si quiere que me case con él...

MARTIN.- ¿Pero tú qué quieres, qué quieres?

MARGARITA.- Cosas locas, cosas maravillosas, cosas... ¡que no hay!

(Encienden la calle. Ella cesa de llorar, se suena.)

MARGARITA.- ¿Por qué dices que sí hay?

MARTIN.- Porque sí hay.

MARGARITA.- ¿Y cómo las consigues?

MARTIN.- Mira: si quiero... algo loco... Pues... hago... ¡algo loco! Por ejemplo... Yo quería... Por ejemplo, yo quería... Esto sucedió cuando era yo muy chico, hace ya como dos años. Yo quería ver nevar. Entonces, destripé unas almohadas grandes y... me subí en la mesa y... ¡eché a volar todas las plumas! Y corrí por la pieza con el aventador de la cocina. Pues así nevó.

MARGARITA.- Yo quería ver nevar. ¡Y nevó!

MARTIN.- Pues sí. Es lo que te digo.

MARGARITA.- Pues yo no hice nada para que nevara.

MARTIN.- Algo habrás hecho.

MARGARITA.- Fui a la ópera. Nada más.

MARTIN.- Pues por eso ha de haber nevado.

MARGARITA.- ¿Cómo va a ser? ¿Qué relación hay?

MARTIN.- Yo digo que algo has de haber hecho, no que tuviera relación.

MARGARITA.- Ah.

MARTIN.- Ya encendieron la calle.

MARGARITA.- Qué bueno. (Se asoma) Entonce, según tú...no suceden solas. Tú dices: que haciendo... algo... maravilloso... Es como pasan las cosas... maravillosas.

MARTIN.- Pues si, claro. Eso. (Pausa) ¿Eso dije?

MARGARITA.- Dios mío: tengo que hacer algo muy prodigioso, pronto (Entra el joven, golpeándola con la puerta. Ella grita.)

EL JOVEN.- ¡Le he aplastado la nariz! Imperdonable desliz. Se va a hinchar como veliz.

MARGARITA.- Sí me pegó. Y no es un chiste.

EL JOVEN.- No dije que fuera un chiste, ni que importara un al-piste. Ni sé por qué está tan triste. (A Martín) Saludo, como pediste: buenas tardes, buenas noches. (Los saluda dos veces) Dos veces y no hay reproches.

MARTIN.- Buenas noches, violinista. Te está fallando la vista. Le pusiste a esta muchacha su nariz de remolacha. (Margarita está encendiendo luces.)

EL JOVEN.- Ya le pedí mil perdones. Merezco cien pescozones. No contesta. Qué callada. Ha de estar muy enojada. (A Margarita) ¿Lamenta usted mi presencia? ¿Ose alegra de mi ausencia?

MARGARITA.- Lo recibo con renuencia, pues habla pura incoherencia y entra con mucha violencia.

EL JOVEN.- Pido su benevolencia, pues dadas las circunstancias, yo abría con mucha inocencia.

MARTIN.- Yo sé de qué tienes ansias: de engullir en abundancia.

MARGARITA.- ¿Gustaría de la fragancia...de un platillo...de la Francia?

EL JOVEN.- Colocado en esa instancia... (Asiente)

MARGARITA.- Sólo piensa en la traganccia. (Sale)

MARTIN.- Vienes hablando en poesía con la barriga vacía.

EL JOVEN.- ¿Qué le sucede este día?

MARTIN.- ¿A tu tía?

EL JOVEN.- A Margarita.

MARTIN.- Estuvo llorando mucho.

EL JOVEN.- ¿Por qué?

MARTIN.- Porque no va a casarse con un vejete tiaconete.

EL JOVEN.- ¿Porque NO va a casarse?

NARTUB,- Mjú.

EL JOVEN.- (Asombrado) ¿Y quería casarse con él?

MARTIN.-No.

EL JOVEN.-Así son las mujeres.

EL JOVEN.-Así son todas.

(Entra Margarita con una charola, en la que trae comida para el joven, pastel para ella y Martin, tres vasos de vino y un bulto muy pesado.)

MARGARITA.-Siéntese usted, y coma. Ten, Martín.

MARTIN.- ¿Me trajiste vino!

MARGARITA.- Y pastel. (Alza la copa. La alzan los otros)

MARTIN.- ¿Hay que brindar! ¿Quién brinda?

EL JOVEN.- Tú.

MARTIN.- No: Margarita, porque ella trajo el vino.

MARGARITA.- Por... por... No puedo decirlo. Tú brinda.

MARTIN.- Por... porque pasen todas las chifladuras y tonterías que tú quieres que pasen. Y porque te gusten mucho en caso de que pasen.

MARGARITA.- (Suspira) Amén. (Beben)

MARTIN.- Amén se dice en la misa, no en los brindis.

EL JOVEN.- En la misa beben vino.

MARTIN.- Pero pero pero... (Calla, furioso. Bebe) Pues amén.

EL JOVEN.- Amén.

MARGARITA.- ¿En cuánto vendía usted sus cartas de Mozart?

EL JOVEN.-Tres mil pesos.

MARGARITA.- ¿Me las puede dejar en dos mil novecientos setenta y tres?

EL JOVEN.-Incluso en dos mil novecientos sesenta.

MARGARITA.- Bueno. Démelas. Y trece pesos de cambio.

Le da el paquete: es una bolsita de lona. Martín aspira una

MARTIN.- Algo habrás hecho.

MARGARITA.- Fui a la ópera. Nada más.

MARTIN.- Pues por eso ha de haber nevado.

MARGARITA.- ¿Cómo va a ser? ¿Qué relación hay?

MARTIN.- Yo digo que algo has de haber hecho, no que tuviera relación.

MARGARITA.- Ah.

MARTIN.- Ya encendieron la calle.

MARGARITA.- Qué bueno. (Se asoma) Entonce, según tú...no suceden solas. Tú dices: que haciendo... algo... maravilloso... Es como pasan las cosas... maravillosas.

MARTIN.- Pues si, claro. Eso. (Pausa) ¿Eso dije?

MARGARITA.- Dios mío: tengo que hacer algo muy prodigioso, pronto (Entra el joven, golpeándola con la puerta. Ella grita.)

EL JOVEN.- ¡Le he aplastado la nariz! Imperdonable desliz. Se va a hinchar como veliz.

MARGARITA.- Sí me pegó. Y no es un chiste.

EL JOVEN.- No dije que fuera un chiste, ni que importara un al-piste. Ni sé por qué está tan triste. (A Martín) Saludo, como pediste: buenas tardes, buenas noches. (Los saluda dos veces) Dos veces y no hay reproches.

MARTIN.- Buenas noches, violinista. Te está fallando la vista. Le pusiste a esta muchacha su nariz de remolacha. (Margarita está encendiendo luces.)

EL JOVEN.- Ya le pedí mil perdones. Merezco cien pescozones. No contesta. Qué callada. Ha de estar muy enojada. (A Margarita) ¿Lamenta usted mi presencia? ¿Ose alegra de mi ausencia?

MARGARITA.- Lo recibo con renuencia, pues habla pura incoherencia y entra con mucha violencia.

EL JOVEN.- Pido su benevolencia, pues dadas las circunstancias, yo abría con mucha inocencia.

MARTIN.- Yo sé de qué tienes ansias: de engullir en abundancia.

MARGARITA.- ¿Gustaría de la fragancia...de un platillo...de la Francia?

EL JOVEN.- Colocado en esa instancia... (Asiente)

MARGARITA.- Sólo piensa en la traganccia. (Sale)

MARTIN.- Vienes hablando en poesía con la barriga vacía.

EL JOVEN.- ¿Qué le sucede este día?

MARTIN.- ¿A tu tía?

EL JOVEN.- A Margarita.

MARTIN.- Estuvo llorando mucho.

EL JOVEN.- ¿Por qué?

MARTIN.- Porque no va a casarse con un vejete tiaconete.

EL JOVEN.- ¿Porque NO va a casarse?

NARTUB,- Mjú.

EL JOVEN.- (Asombrado) ¿Y quería casarse con él?

MARTIN.-No.

EL JOVEN.-Así son las mujeres.

EL JOVEN.-Así son todas.

(Entra Margarita con una charola, en la que trae comida para el joven, pastel para ella y Martin, tres vasos de vino y un bulto muy pesado.)

MARGARITA.-Siéntese usted, y coma. Ten, Martín.

MARTIN.- ¿Me trajiste vino!

MARGARITA.- Y pastel. (Alza la copa. La alzan los otros)

MARTIN.- ¿Hay que brindar! ¿Quién brinda?

EL JOVEN.- Tú.

MARTIN.- No: Margarita, porque ella trajo el vino.

MARGARITA.- Por... por... No puedo decirlo. Tú brinda.

MARTIN.- Por... porque pasen todas las chifladuras y tonterías que tú quieres que pasen. Y porque te gusten mucho en caso de que pasen.

MARGARITA.- (Suspira) Amén. (Beben)

MARTIN.- Amén se dice en la misa, no en los brindis.

EL JOVEN.- En la misa beben vino.

MARTIN.- Pero pero pero... (Calla, furioso. Bebe) Pues amén.

EL JOVEN.- Amén.

MARGARITA.- ¿En cuánto vendía usted sus cartas de Mozart?

EL JOVEN.-Tres mil pesos.

MARGARITA.- ¿Me las puede dejar en dos mil novecientos setenta y tres?

EL JOVEN.-Incluso en dos mil novecientos sesenta.

MARGARITA.- Bueno. Démelas. Y trece pesos de cambio.

Le da el paquete: es una bolsita de lona. Martín aspira una

una exclamación. El joven la abre: saca trece pesos y se los da. Del pecho saca un sobre (música) y se lo da.

MARGARITA.- Gracias.

EL JOVEN.-Gracias.

MARTIN.- ¡Tres mil! ¡Dos mil y...! ¿Qué vas a hacer con tanto dinero?

EL JOVEN.- (Con arrebató) Voy a comprar... Unos vestidos estilo antiguo, de brocado y de seda. Algunas joyas falsas, y zapatillas de raso y un antifaz con perlas. Flores. Cosméticos.

MARTIN.- ¿Y para qué quieres todo eso?

EL JOVEN.-Una muchacha está a las puertas de una gran oportunidad: va a cantar la Elvira en Don Giovanni. Tiene una voz Maravillosa. Necesita, además, vestirse bien, verse bellísima, brillar, borrar a los demás, estar tranquila, estar contenta...

MARTIN.- Una muchacha... Mmh...

EL JOVEN.- Es la hija del señor que me presta su violín.

MARTIN.-¿Y tú? ¿Qué vas a hacer con tus cartas?

MARGARITA.- (Con arrebató) Leerlas muchas veces. Traducirlas.

Ponerlas debajo de mi almohada. Soñar con Mozart.

(El joven alza su copa. Ella la suya. Martín la suya. Beben hasta el fin.)

EL JOVEN.- Gracias. Me voy. Tengo que darles la noticia: de que habrá ropa esplendorosa y no los trapos remendados y rancios que íbamos a alquilar. De que habrá joyas, plumas, abanicos, de que habrá... todo lo necesario. Gracias.

MARGARITA.-Les deseo mucha suerte!

MARTIN.-Ojalá sean muy bonitas esas cartas. Porque están caras.

(Sale el joven)

MARGARITA.- (Lee trabajosamente la difícil caligrafía) "Montrés cher père". ¡Ay, sólo falta que también Mozart escriba en francés!

MARTIN.- (Sabio) Quiere decir: "mi muy querido papá".

MARGARITA.-Esta otra es para un señor. (Lee en alemán: carta del 1-15-1787)

MARTIN.- ¿Qué quiere decir eso?

MARGARITA.- "Cómo imagino verte correr, o más bien, cojear tras todas esas lindas mujeres, casadas y solteras. No tuve galanteos ni bailé con ninguna de ellas, lo segundo porque estaba demasiado cansado, lo primero por mi natural timidez. Contemplé, sin embargo, con el mayor placer, cómo toda esta gente volaba en derredor, en la plena delicia, con la música de mi Figaro arreglada para cuadrillas y valeses. Porque aquí, no hablan más que de ~~Figaro~~, nada se toca, se canta o se silba sino Figaro. Ninguna ópera tiene las entradas que Figaro. Nada, nada sino Figaro. Ciertamente un gran honor para mi".

(Entran Malvina y Renata, muy arregladas, con paquetes)

MALVINA.- Ay, tengo hinchados los pies.

RENATA.- La tarde estaba fría pero deliciosa. Vimos muchas tiendas, compramos baratijas muy necesarias, y no tardamos un poquito porque entramos a la Concordia a descansar. Yo me tomé un sorbete y tu mamá cuatro.

MALVINA.- Tú te tomaste dos. Ah, pero ustedes aquí estuvieron de banquete.

MARGARITA.- Hice pastel. Comimos un poquito.

(Sale con los trastos.)

RENATA.- (Estirando el pescuezo) ¿Y qué bebieron?

MARTIN.- Limonada, leche y te. Un poco de cada cosa.

RENATA.- Ah... ¿por eso había tres vasos?

MARTIN.- Todo revuelto sabe feo.

MALVINA.- Voy a quitarme los zapatos. (Sale)

RENATA.- También comieron carne...

MARTIN.- El pastel era de fresa. Se ve de lejos como carne con salsa, ¿verdad?

(Entra Margarita)

MARTIN.- ¿Y sabes lo que pasó después de que hice nevar con las almohadas?

MARGARITA.- No. ¿Qué pasó?

MARTIN.- ¡Me han dado una cueriza...! Ya me voy. (Sale)

(Renata lo ve. Ve a Margarita.)

RENATA.-Mh...(Sale)

MARGARITA.- (Lee en alemán, carta del XII-14-1781)

5

(Renata, en la tienda, borda. Entra Malvina.)

MALVINA.- Qué susto tan horrible me has dado. ¿Quieres decirme dónde pusiste la bolsa? Voy a buscarla y nada más encuentro trece pesos en un pañuelo. Yo dije entonces: ¡Virgen Pura! ¿qué ha sucedido aquí? Busco y busco, hasta que me di cuenta: claro, Renata ya la guardó. ¿Dónde la pusiste?

RENATA.- ¿De qué bolsa hablas?

MALVINA.- ¿De qué...? ¿Cómo de qué bolsa? ¡Muchacha, la de los tres mil pesos!

RENATA.- Yo no la he tocado. (Se yergue mucho, rígidamente)
¿Estás diciéndome que no encuentras los tres mil pesos?

MALVINA.- ¿Tú no los cambiaste de lugar?

RENATA.- Yo no he tocado los tres mil pesos.

MALVINA.- ¡Pero no encontré más que trece!

RENATA.- Ay, qué espanto. El número trece trae mala suerte.

MALVINA.- No a toda la gente.

RENATA.- A mí sí. ¡Y a ti también: ya ves que no encuentras la bolsa! ¿Dónde está Margarita?

MALVINA.- Salió a comprar un diccionario.

RENATA.- ¿Con qué dinero?

MALVINA.- Jesús. (Se deja caer en un asiento) Pero no puede costar tanto un diccionario.

RENATA.- Yo espero que no. Aunque hay unos muy gruesos. ¿Tú le diste dinero?

MALVINA.- Dijo que iba a pagarlo con sus ahorros. Ay, Dios mío, yo no creo que se atreva a sacar a la calle ese costal de oro. ¿Sabes qué?

RENATA.- ¿Qué?

MALVINA.- Lo ha de haber cambiado de lugar. ¿Le habré dicho algo? Sí, claro, se lo dije yo, que había que guardar eso en otro sitio, y no tocarlo. Pues lo ha de haber guardado. ¡Pero sin decirme nada! Esa muchacha me va a matar un día de un coraje.

RENATA.- (Borda de nuevo) La consientes demasiado, te lo he dicho.

¿Y para qué fuiste a sacar los tres mil pesos?

MALVINA.-No fui a sacarlos: nomás me fui a asomar, a ver cómo estaban.

RENATA.-Pues ya viste.

MALVINA.- Marcelo viene hoy a llevárselos. También a fijar la fecha de la boda. ¿Qué te pasó?

RENATA.- Me piqué. (Se chupa) Me piqué profundamente.

MALVINA.-Nunca quieres usar dedal. (Entra Margarita.)

MARGARITA.- Ya vine, mamá. Ya vine, tía. (Las besa)

MALVINA.- Me vas a decir dónde guardaste ese dinero, que me has vuelto loca buscándolo.

RENATA.-Le has dado un susto horrible a tu mamá.

MALVAINA.- Voy al colchón y me encuentro nada más trece pesos.

¿Adonde lo refundiste?

MARGARITA.- No lo guardé. (Se va quitando abrigo, guantes, bufanda...)

MALVINA.- ¿No lo...? ¿Y dónde está?

MARGARITA.- Había dos mil novecientos setenta y tres pesos.

Compré tres cartas de Mozart, que valían tres mil pesos, pero las dieron en dos mil novecientos sesenta. Esos trece pesos son el cambio.

(Un silencio. Renata dejó de bordar. Se quedan viéndola.

Malvina se levanta y se le acerca.

RENATA.- ¿Qué dijiste? Repítelo.

MARGARITA.- (Con voz más firme y clara y viendo a ambas) Había dos mil novecientos setenta y tres pesos. Compré tres cartas de Mozart, que valían mil pesos cada una, pero me las dejaron en dos mil novecientos sesenta. Esos trece pesos son el vuelto. Y por eso me compré este diccionario, porque las cartas están en alemán y hay algunas palabras que no conozco. (Pausa) El diccionario lo compré con mis ahorros.

(De Malvina brota un ruido largo y muy violento, una especie de exhalación con rugido, como si un león se desinflara de golpe. Cae al suelo.)

MARGARITA.- ¡Mamá! (Corre a su lado)

Renata va también. Tratan de alzarla. La dejan quita. Se quedan viéndola. En Catedral dan los tres cuartos.
Entra Marcelo.

MARCELO.- (Jovial) Santas y buenas tardes. ¿Qué sucede? ¿Qué hace Malvina en el suelo? (Se inclina a verla. Le toma el pulso. Le toca el cuello. Ve a las otras dos.)
Esta mujer está muerta.
(Margarita asiente) |Música. K. 608|
Oscuridad repentina.

6

Margarita, de luto, detrás del mostrador, escribe con una pluma roja que moja en un pequeño tintero.

Llueve mucho. Se ve el agua escurrir en los vidrios. Al terminar la música queda el ruido suave de la lluvia y el rasgueo de la pluma.

Margarita ve el diccionario, ve la carta, traduce, escribe. Del interior viene Renata, también de luto.

RENATA.-Eso buscaba yo, la tinta. Hijita: tienes que firmar otros papeles. (Se los coloca enfrente) ¡Pero con esa pluma no! ¿cómo crees? Estás de luto. ¿No hay una pluma negra para que escribas? O gris al menos, pero roja... Parece que no tuvieras sentimientos.

Busca en los cajones, sin encontrar nada, como de costumbre. Margarita va y saca una pluma oscura. Firma muchos papeles, sin leerlos.

RENATA.- ¿Qué escribes? Copias algo...¿Traduces? ¿Algún texto devoto? ¿Filosofía?

MARGARITA.- Ya sabes qué.

RENATA.- (Grita) ¿Por qué me dice todo mundo que ya sé las cosas? ¿Pregunto acaso por hacerme la estúpida? (Pausa) Bueno, esto esto sí lo se. quería ver si tenías el valor de decírmelo.

MARGARITA.- Traduzco una carta de Mozart.

RENATA.- (Lee, con desdén) "Tal vez no sabes que el excelente castrato Ma chesi, o Marquesius di Milano, ha sido envenenado en Nápoles. ¿Y cómo? Estaba enamorado de una duquesa cuyo amante por derecho se enceló: y mandó tres o cuatro individuos que le dieron la opción entre beber la copa o ser asesinado. Escogió lo primero y siendo un cobarde italiano, murió solo, y permitió a sus asesinos vivir tranquilos y en paz. Yo, al menos, me habría llevado un par al otro mundo".

Estas son inmoralidades y tonterías. (Ve el rostro de Margarita) No me mires así: no pienso hacerle nada a tus papeles. (Muy dulce) Hijita, ¿cómo voy a tocarlos, si es lo único que te queda en el mundo? Hablaba con el padre Harpagón, hace ocho días. ¿Qué cosas tan sabias y consoladoras me dijo! Ese hombre yo creo que se tragó un ángel, con plumas y todo. Te recibirían muy fácilmente con las carmelitas. Es una orden divina y, además, te ahorras el gasto de zapatos para toda la vida: andan descalzas. Me dejó asomarme al convento: lloré de felicidad cuando vi la pureza de todo: esas celdas, esos catres de tablas con su ladrillo por almohada, esos cilicios, qué cosa más celestial. Allí, hasta el pecado más grave se ha de perdonar. No lo digo por tí, conste es verdad que ,ataste a ti ,a,ºa. érp omdirecta, emte. mp con cuchillo ni veneno, como hacen otras. Deberías visitar ese convento. Dime, deveras: ¿no has pensado meterte a monja?

MARGARITA.- No, tía.

RENATA.- Pues tú sabes, hijita. Naturalmente, tú sabes. Tu condenación eterna es cosa tuya. Ah, te dejé un librito de Dante junto a tu cama, para que leas antes de dormir. Es el primer tomo. (Se pone abrigo, sombrero)

(Sale. Margarita queda inmóvil, como figura de cera. La puerta se abre de golpe: entra el joven, muy mojado.)

EL JOVEN.- Sucedió una cosa asombrosa. No va usted a creerme: Salí esta tarde a la lluvia, que caía sin cesar. Y entonces.. es tan sorprendente que casi no sé cómo decirlo:.. ¿sabe

qué me pasó? (Ella niega) Que me mojé. (Risita por su chiste Ella fuerza una sonrisa) ¿Otra vez está triste?)

MARGARITA.- Murió mamá.

EL JOVEN.- ¿Su mamá? ¿Cómo? ¿Cuándo?

MARGARITA.- Hace ya dos semanas.

EL JOVEN.- ¿Es posible!

MARGARITA.- Fue de repente. Cayó muerta. Aquí.

EL JOVEN.- Pero no me lo diga así. Llore, llore cuanto quiera.

Para eso hay lágrimas y sollozos: para tener después consuelo. (Ella empieza a llorar largamente. El le apoya con suavidad una mano en un hombro.)

EL JOVEN.- Nacer y morir no son decisión nuestra. Lo que está en medio sí. Pero esos dos extremos son obra pura y clara de la voluntad de Dios. El dice: anda, ve, quédate. El dice: regresa ya. Hay que llorar cuando alguien muere. Y consolar-nos. Y vivir.

MARGARITA.- Yo tuve la culpa de que muriera. No me voy a un convento porque no merezco que me dejen entrar. Si no, ya estaría encerrada, para siempre.

EL JOVEN.- ¿Cómo va a ser? ¿Qué culpa puede tener usted?

MARGARITA.- La maté yo, de un coraje.

EL JOVEN.- ¿Ella se enojaba mucho? (Ella asiente) ¿Muy seguido? (Ella asiente) ¿Y usted hizo algo muy malo?

MARGARITA.- Gasté un dinero.

EL JOVEN.- ¿De ella?

MARGARITA.- Mío.

EL JOVEN.- ¿Usted había prometido dárselo?

MARGARITA.- No. Ni me preguntó. Ella había decidido ya cómo invertirlo... No era un dinero que hiciera falta.

EL JOVEN.- Y era de usted. Lo de ella fue entonces un capricho. Una rabieta. Pudo pasarle por cualquier otra trivialidad. Murió por malgeniuda, no por usted.

MARGARITA.- ¡No diga eso!

EL JOVEN.- Lo digo porque es verdad. Murió por ser quien era, de acuerdo con sus gestos habituales. Cuando menos, es algo lógico, ¿no? Mejor es morir por ser quienes somos que por algo inducido o incomprensible. Y no sufrió: piense en quien se consume con una larga enfermedad, de esas que paralizan o atormentan. La muerte es la meta de nuestras vidas y es la mejor amiga de la humanidad. Yo me he acostumbrado a pensar en ella y no comprendo ya cómo encierra temores para nadie. Nunca me acuesto sin pensar que, joven como soy, tal vez no vea un día más. Y nadie que me conozca puede decir que sea yo triste o apático. Llore otro poco. (ella niega) ¿Está más onsolada? (Ella asiente) ¿Y cree usted, de veras, todavía, que ocasionó la muerte de su madre?

MARGARITA.- (Se suena) No sé... Lo que usted dice, es cierto.

Lo que yo pienso, también...

EL JOVEN.- Pues busque más, y encontrará más causas, y más contradictorias. Y busque más adentro, y será todo más y más complicado... Y al final, hasta el fondo de las razones, hallará otra vez una sola causa, una sola verdad... Y nada será contradictorio. (Ella suspira convulsivamente, dubitativa) Le traía unos boletos para la ópera, pero está de luto. Hoy cantan Don Giovanni. ¿Cree usted que Martín quiera ir? ¿Con su familia?

MARGARITA.- No sé. Tal vez.

EL JOVEN.- Vamos a preguntarle.

MARGARITA.- Está lloviendo y hace frío...

EL JOVEN.- Precisamente. Después voy a llevarla a correr por la Alameda, entre los árboles que chorrean, en el lodo, a que oiga cantos y chillidos de pájaros mojados que se retiran a sus nidos, y a que se moje y después regrese, tome un vaso de vino y una taza de te, duerma dulce, profundamente, y sueñe que su madre la bendice. Venga. ¡Venga!
(De golpe, la arrastra a la calle.)

MARGARITA.- (Farfulla protestas, semi ad libitum) No, no puedo dejar la tienda sola, me va a hacer daño, etcétera. (Se para en seco) ¡Las cartas!

(Regresa, las guarda en un cajón, deja la traducción sobre el mostrador. Salen.)

7

La Alameda. Es una maraña absoluta que cubre todo, también a los personajes. Vemos, tan sólo, un enredijo vegetal en penumbra. Hay manchas tenues de luz en las que apenas vislumbramos figuras encobijadas, sin más ropa que la sucia cobija, mujeres desarrapadas y miserables, alguna con el astroso uniforme de su oficio (que entonces era el traje de china poblana). Hacen actividades confusas y no se ven casi, pero se intuyen obscenas; los mendigos tal vez se espulgan; alguien grita; hay una riña borrosa, quizá sólo sea un juego violento...

Luego, no vemos realmente a Margarita y al joven, pero los opimos.

MARGARITA.- Ya pisé un charco. Ya se me mojó el pie.

EL JOVEN.- ¿Cuál? Tiene usted dos.

MARGARITA.- El derecho.

EL JOVEN.-Pues mójese el otro y estarán igual.

MARGARITA.- (Reprocha) Chistoso... (Compungida) ¡Hay gente!...

EL JOVEN.-Es un paseo público.

MARGARITA.- Hay gente muy fea. Y está oscuro y no se ve nada.

EL JOVEN.- ¿Cómo sabe entonces que es gente fea?

MARGARITA.- Pues no es usual que anden así, entre charcos y ramas y a oscuras...

EL JOVEN.- Así andamos nosotros.

MARGARITA.- Yo ya me quiero ir a mi casa. Yo creo que aquí suceden cosas horribles.

EL JOVEN.-¿En su casa no?

MARGARITA.-¿Claro que no! (Duda) Bueno... pocas...

EL JOVEN.- En todas partes está oscuro y vemos cosas confusas y hacemos la vista a un lado para no darnos cuenta...

MARGARITA.- Nadie hace nada horrible en mi casa. De los que van a visitar no respondo, claro. ¿Usted me ha tentado por debajo de mi espalda?

EL JOVEN.-No, absolutamente no. ¿Quiere que lo haga?

MARGARITA.-¿No! Alguien acaba de hacerlo.

EL JOVEN.-¿Sería esa rama?

MARGARITA.- No sé. Tal vez. No me gusta este paseo. Vámonos.

EL JOVEN.- Van a encender los faroles. Y todo va a cambiar.

MARGARITA.- No va a cambiar nada. Todo es horrible.

EL JOVEN.- ¿Todo?

MARGARITA.-La vida (Llora) ¡Alguien me jaló la bolsa del vestido!

EL JOVEN.- ¿Le quitaron algo?

MARGARITA.- No. Y no creo que haya sido una rama. Ya me tropecé. ¡Ya me caí! (Grita) Ya toqué una cosa horrible, algo espantoso, monstruoso...

EL JOVEN.-Levántese. Fue por aquí, ¿verdad? Ya lo hallé. Pesa un poco, aquí está. Esto es lo que tocó.

MARGARITA.- ¿No me lo acerque!

EL JOVEN.-No es horrible, para nada. Tiéntelo otra vez.

MARGARITA.-¿No! Mejor me muero que tocar otra vez eso. Sáqueme de aquí.

EL JOVEN.-Estamos afuera. Aquí es afuera, su casa es adentro.

MARGARITA.- Pues lléveme de aquí y no me dé a tocar nada, ¡no me enseñe nada!

EL JOVEN.-Es una piedra húmeda, una piedra redonda y húmeda, con tierra húmeda y musgo y con animalitos vivos que le corren encima y por debajo. Una piedra capaz de transformaciones y misterios. Una piedra que está un poquito como al principio.

MARGARITA.- ¿El principio de qué?

EL JOVEN.- Todo estaba oscuro en el principio y las tinieblas flotaban en el rostro del abismo. Y allí entre las tinieblas había una voluntad: rumiando cosas, planeando cosas. Una voluntad solitaria y múltiple. Planeaba cosas, algo, un juego, imagínese aquello, unas tinieblas y un abismo sin principio ni fin. Nada. Caos. Para jugar, todo hacía falta: tiempo, leyes, orden... Para inventar la eternidad, todo hacía falta; para la eternidad, hacía falta lo opuesto: hacía falta el instante fugitivo. Y se dijo ese trueno que no ha cesado.

MARGARITA.- ¿Ese trueno?

EL JOVEN.- (Suave) Hágase... la... luz.

Música. El extiende sus manos a una mancha de luz que ya estaba: y en esa vemos la piedra que sostiene y sus dos manos: NADA MAS. Esa mancha de luz irá subiendo de intensidad.

EL JOVEN.- Y ya hecha, la luz revela todo: algo muy parecido a esto, una masa de muchos elementos, agua, tierra, musgo, seres un poquito viscosos, todavía parecidos a la sustancia original, a ese limo del que se asoman. Y mientras, vuelan, flotan, se ríen, juegan, ángeles y elloines, inteligencias vivas que son múltiples y son una. Y entre la risa y el espanto, contemplan con gozo espeluznado las dos manos inmensas que sostienen la roca pululante de los cuatro elementos en el filo del caos... Y se cierran las manos y la roca se vuelve un estallido, polvo de juego, talco de luces, chorros lácteos de llamaradas que se combinan en un orden absoluto... Y se ha acabado el caos. Y empezó el juego. Y el mandato quedó flotando eternamente, quedó por siempre haciéndose la luz... ¿Ve usted? Ya están encendiendo los faroles.

MARGARITA.- Hay neblina, o vapor. Tienen halos.

EL JOVEN.- Si, tienen. Y les revolotean mariposas. Y antes todo era oscuro, hasta la oscuridad: ahora se ve muy bien lo que es la sombra. Y ya se sabe por qué está: porque hay la luz. ¿Todavía tiene miedo?

MARGARITA.- Si. No. No me he fijado. No tenía nada feo esa piedra. Pero así parecía. Y esos animalitos brillan.

EL JOVEN.- Por la luz. Vino la luz y los ojos la ven, y es la luz, y la siente la piel y es calor, y la respira uno y es aire limpio y puro, y la escucha sonar: entonces es la música.

MARGARITA.- (Contenta) Qué tonterías dice usted. Habla por distraerme.

EL JOVEN.- No. Hay música brillante y oscura, la música es una forma de luz y se gradúa como la luz. La música es luz.

MARGARITA.- Era rama volvió a tocarme atrás.

EL JOVEN.- Ahora fui yo.

MARGARITA.- ¿Usted? Pues suélteme inmediatamente. No. Deme la mano.

Suélteme de allí pero deme la mano.

EL JOVEN.- Su mano está fría.

MARGARITA.- La suya no.

EL JOVEN.- Vámonos ahora, si quiere, pero vea todo, antes. Hojas.

La gente en la penumbra. Los charcos luminosos.

MARGARITA.- Hay luciérnagas.

EL JOVEN.- No. Son gotas de agua que al ir cayendo toman algún reflejo, un tintineo de espejo, tintineo de relámpago.

Son gotas...

MARGARITA.- ¿Es malo estar así, tan contenta, de pronto...?

¿Cuando se ha muerto...?

EL JOVEN.- La tristeza es un pecado horrible. Hay que salir de ella.

MARGARITA.- ¿Y si no se puede?

EL JOVEN.- Se puede.

MARGARITA.- Ya me mojé los dos pies. Pero no tengo frío. Ya se me enredó el pelo en una rama...

EL JOVEN.- Pues suéltelo. A ver, deje que yo lo haga.

MARGARITA.- ¿Está usted besándome?

EL JOVEN.- No. Nada más tengo mi boca junto a su cara. Siente usted mi aliento y mi piel, nada más. Todavía no estoy besándola.

MARGARITA.-Ah... (Pausa) Ya no tengo miedo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

1

La tienda. Luz nocturna. El farol de la calle la ilumina parcialmente.

Entra Marcelo. Ve en torno.

MARCELO.- Buenas noches, bellas damas. Alguien va a entrar a robar.

¡Buenas noches! (Se asoma a las habitaciones) Todo está oscuro...

(Enciende una lámpara, ve en torno con desconfianza. Ve la traducción en el mostrador: la toma y lee entre dientes.

El asombro lo fuerza a elevar la voz con incredulidad y reproche moral.) (lee) "Proponte estar allí para Año Nuevo, como algo certero, y te contemplaré por el delantero y por el trasero; te lavaré con propiedad. Lamento que no podré

darte una revolcada porque no estaré viviendo en una posada.

¿Quieres saber mi dirección, de verdad? Yo tengo también esa curiosidad. Bueno, ya sin bromear, o vienes un ratito o me voy a cagar" (Deja el papel con disgusto sin creer lo que leyó. De la calle, entra Renata.

RENATA.- Marcelo...

MARCELO.-Encontré aquí este papel. (Lee) "Caca Dibitari, el párroco de Rodemplo, le lamió el culo a su cocinera para poner el ejemplo. ¡Viva, viva!"

RENATA.- Ay. (Lee) Es letra de Margarita. Qué raro. No ha de estar bien.

(Se ven con los ojos muy redondos. Ven el papel.)

MARCELO.-Alguien va a robar aquí. Dejan abierto y a oscuras y se van...

RENATA.-Margarita se quedó cuidando.

MARCELO.-No está.

RENATA.- ¿Y dónde fue?

MARCELO.-¿por qué me lo preguntas a mí?

(Risita de Renata)

RENATA.-Quítate el abrigo. Descansa. ¿Crees qún que esa criatura se vaya a casar contigo? Yo tengo algunas dudas....

MARCELO.-Hoy vine a hablar con ella. Si en algo apreciaba la memoria de su madre, la obedecerá.

RENATA.- La aprecia tanto, que va a entrar a un convento. (Risita) Ay, otra. No se por qué se me escapan estas risitas. No lo entiendo. (Risita)

MARCELO.- Por imbécil, por qué ha de ser. Se pierde a veces la razón con los años.

RENATA.- Tú estarías encerrado ya, con camisa de fuerza: eres mayor que yo. (Risita) Ay, qué risitas tan feas. Te juro que no son voluntarias: son como el hipo; te veo... y me brotan. (Risita)

MARCELO.- (Maligno) Pues ríe, ríe. Yo, a pesar de todo, me preocupo por ustedes. ¿Sabes qué hice? Denunciar el intestado de la pobre Malvina. A mi nombre, claro. Esas cosas legales resultarían tan complicadas para dos pobres mujeres solas...

RENATA.= ¿Y cuándo has hecho tal cosa?

MARCELO.-La semana pasada... Y he hablado con personas de muy arriba, para que no dejen dormir el asunto...

RENATA.-Según eso, vas a ser legalmente dueño de todos los bienes de Malvina... O lo eres ya...

MARCELO.-¿Dueño? No, administrador y consejero, digamos.

RENATA.- Ay. Marcelo, qué horror, no quiero reirme. Es que las mujeres... sí sabemos cosas legales. Yo denuncié el intestado a las dos horas de que Malvina murió. Y me nombré custodia de Margarita, ella firmó cuanto le puse enfrente. Soborné a medio mundo y... Qué quieres: las pobres viudas aprendemos a defendernos. Ya soy dueña de todo, hasta de Margarita.

MARCELO.- Disfrútalo. Adiós.

RENATA.- ¿Y no quieres saber adonde fue la niña? A mi, realmente, no me importa. Sólo me da curiosidad.

(El la ve. Se sienta.)

RENATA.- Es horroroso, ¿no?

MARCELO.-¿Qué?

RENATA.- Lo divertida que estoy. (Risita) No. Lo horrible, quiero decir, son las pasiones. Cuando empieza uno a mendigar y trata de hacerlo con muchísimo disimulo, que no se note... Y se nota... Horrible, ¿verdad?

Quedan viéndose. Entra Margarita: muy mojada, el pelo suelto y lleno de hojas, los pies enlodados.

RENATA.- ¡Criatura! ¿Dónde fuiste?

MARGARITA.- A correr a la Alameda.

RENATA.- Te has empapado y enlodado toda. ¿Estás loca?

MARGARITA.- (La besa) No sé. Hasta mañana, tía.

MARCELO.- Un momento. Tengo que hablar con usted.

MARGARITA.- Ay, no.

Hace un gesto de profundo desagrado y se va esquivándolo, como si él fuera algo viscoso. Va a salir.

MARCELO.- ¡Margarita! ¡Venga usted acá! ¿Me oye? En nombre de su madre, que en Gloria esté, le ordeno que venga inmediatamente acá.

MARGARITA.- ¿Y usted qué tiene que usar el nombre de mi madre? Use el de la suya. (Sale)

(Un silencio. Marcelo está tieso, petrificado.)

RENATA.- Ay, Marcelo, perdóname, pero...te ves cómico...

Ríe a carcajadas, sin poder parar. Lo ve, ríe más y más. El va de pronto sobre ella, con el bastón en alto. Ella deja de reirse, se yergue.

RENATA.- Atrévete.

El baja el bastón. Sale, dando un portazo. Ella vuelve a reirse y reirse hasta que parecen sollozos y no risa.

|Música: acompañamiento para un recitado. |

RENATA.- (Se va calmando y empieza a hablar muy quedito, entre suspiros, casi inaudiblemente. Se seca los ojos. Poco a poco se la irá oyendo)...mujer feliz...o lo que para todos resulta la idea de una mujer feliz...(se la oirá más) lo que llaman una mujer feliz, con un apacible matrimonio y una vida ordenada y cómoda...un bosquecillo ralo y casi acogedor...Y llega un hombre extraño, descuidado, hace dos o tres gestos ¡Y prende fuego a todo! ¡Qué transfiguración! ¡Arder! La destrucción, la gloria de las llamas, ser una llamarada que se retuerce. La intensidad de todo, ¡la intensidad! Qué cambio, alguien podría decir que aquello que me arrasaba era un gran sufrimiento insoportable. No se, yo

pensaba en el Fénix, en que nunca habría fin... En que era un fuego eterno, ¡pero es que no han vivido en un sitio modesto y medio árido, y sin sorpresas, y sin contrastes! Y era un fuego tan breve...¿Y después? Todos podían saberlo menos yo: el baño de ceniza, las piedras calcinadas. La nostalgia del fuego, de las intensidades. Como un mareo sin fondo, sin motivo... (Suavemente) Fuego, ven, Regresa, infierno. Nada. Hasta hoy, por fin: florecer: cubrirme dulcemente de espinas y de navajas, y reír. ¡Y sentir! Esta emoción tan victoriosa, reír de triunfo, frotar las piedras muertas y ver que salen chispas, que podrían salir llamas. Eso, sentir: maltratar de tal modo a alguien que sintamos un triunfo, la voluntad triunfante, al fin la voluntad que puede hacer más cosas... Más daño. Clavar tijeras, clavar agujas... (Risita) Qué ridículo, al fin. Qué ridículo... Más, tiene que ser más... (Se agota, se derrumba en un asiento) Pero se siente un gozo así, del intelecto, un gozo espiritual como es éste... Y el cuerpo pide, pide, exige tener su parte. Estas ansias que no sentía desde hace tanto, estas ansias... De pronto quiero que vuelvan a aplastarme, a estrujarme, a arrebatarme... (Va bajando la voz) Hay mujeres que pueden con cualquiera... Yo no. Mujeres malas, sucias, vulgare... Que consuelan su cuerpo con cualquier otro cuerpo semi desconocido... Yo no soy de esa clase. Yo necesito... Yo soy... Yo sé... Refinamientos... ¡Este deseo! ... Decencia... Discreción... Misterio... (Se levanta. Grita:) ¡Fuego! ¡Ven!

2

Música: tema del Convidado de Piedra.

Amanecer, borroso. No brilla el farol.

De la pared brota el espectro de Malvina, envuelta en su sudario, adornada de flores secas, maquillada de blanco. Trae en la mano un candelero con la vela encendida. Luz negra, por un buen rato. Luego, será más normal.

Malvina empieza a abrir cajones y a cerrarlos. Abre, ve lo que contiene, los cierra.

Entra Margarita.

MARGARITA.- ¡Mamá!

(Se queda helada, repegada a la pared.)

MALVINA.- Era tan fácil encontrar todo: así si, cómo no se nos ocurrió antes: cintas: antes de abrir, ve uno a través de la madera y, ya que las vio, abre y las saca. (Lo hace) ¿Ves? Qué fácil. Botones: los veo, abro, y sí, ahí están. (Se queda pensando) Aunque antes... no veía yo a través de la madera.

MARGARITA.- ¿Qué haces aquí, mamá?

MALVINA.- Viendo cosas, visitando...

MARGARITA.- Pero... ¿puedes volver? ¿Así?

MALVINA.- Claro, hija, claro. No vuelven los que no quieren. En el Cielo hay una libertad absoluta.

MARGARITA.- Mamá, bendito sea Dios. Te fuiste al Cielo.

MALVINA.- (Enojada) Pues claro, necia. ¿Qué pensabas, que una mujer como yo... iba a ir a dar a alguna otra parte? Al Cielo, derechita. Un lugar precioso, elegante, gente finísima. Y los ángeles, tan atentos, pendientes siempre de todo...

MARGARITA.- Dime cómo es.

MALVINA.- Ya te digo: hay... música, hay... bastante luz. Se platica muchas cosas, y...

MARGARITA.- Mamá, ¿ya viste a...? (Se arrodilla)

MALVINA.- Ya no me preguntes, ya no me preguntes, no son cosas para... Bueno, ya me voy.

MARGARITA.- Mamá, ¿me has perdonado?

MALVINA.- Naturalmente, no preguntes ociosidades. El amor maternal no tiene límites.

MARGARITA.- Gracias. No te vayas. Siento que... algo falta, siento que... no puede ser que hayas venido y no hablemos más. Yo quier... saber más. Yo quiero.. Dime. Dime más cosas. Dime.

MALVINA.- No sé qué quieres que te diga. Estuve un tiempo muy confusa. Viéndome allí, tirada, tan... Yo creía que era un desmayo. Nada más me extrañó bastante verme así, como si un gran espejo estuviera en el techo de esta pieza. Y cuando oí que estaba muerta... ¡Huí! De terror, huí. Ay, qué experiencia tan... No se la deseo a nadie, por poco me muero de la impresión. Quiero decir, si no estuviéramos ya muertos

más me extrañó bastante verme así, como si un gran espejo estuviera en el techo de esta pieza. Y cuando oí que estaba muerta... ¡Huí! De terror, huí. Ay, qué experiencia tan... No se la deseo a nadie, por poco me muero de la impresión. Quiero decir, si no estuviéramos ya muertos, nos moriríamos al saberlo. Entonces, pues... me fui al Cielo. No sabía yo ni cómo, pasé a través de, hice un movimiento a dos y... Es aquí, es... No se parece a lo que uno espera. Ni está San Pedro, ni hay puertas... Hay música, sí, pero... es muy moderna, hay esa clase de sonidos que no sabe uno ni lo que son, notas tan largas y... sin instrumentos bonitos, ni... Buena música, supongo, pero... a mí me gusta más la de Verdi. En fin, llegué... (Calla)

MARGARITA.—¿Y entonces? - AT. MADRAM

MALVINA.—Se me quedaban... viendo. Si saludaba yo... me contestaban, pero nada más. Y había muchos pelados, mucha gente... vulgar. Allí reciben a quien sea. No le dan su lugar a una. No hay... refinamientos... ni mucha decencia...

MARGARITA.—(Alarmada) Mamá, ¿qué estás diciendo?

MALVINA.—Y pues... un día... Yo quería platicar de mí, digo, por darme a conocer, explicarles que he sido buena, casta, caritativa, y... empecé a hablar, enfrente de un grupo grande, un grupo de... un grupo de...

MARGARITA.—¿Almas?

MALVINA.—(Va perdiendo la voz y la seguridad) De... ángeles. Y yo hablaba y ellos me oían sin decir... nada. Yo me oía, me oía, sonaba todo

tan... (Empieza a llorar) Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza. Yo hablando, hablando tanta... ridiculez, tanta... estupidez. Yo allí diciendo cosas que no eran ciertas! Traté de hacerles chistes: no se reían, nada más me miraban. Nadie me decía nada, yo ya quería nada más que me callaran, que ya no me dejaran seguir. Y ellos allí, fila tras fila hasta el infinito, viéndome y oyéndome... (Pausa) Entendí cosas. Me fui callando porque entendí cosas. Ya desde antes las había yo notado, unas caras tan feas en los rincones, unas... Yo pensaba: "me estoy saliendo del Cielo sin darme cuenta", me regresaba yo... Y al rato, otra vez volvía todo a cambiar. Entonces supe por qué tan bellos, tan perfectos, y yo hablando de mí, allí, enfrente de todos... No iban a echarme, yo creo que por buena educación, pero no pude seguir allí, no me aceptaban, no creían nada de lo que yo decía. ¡No les gustaba yo! Qué vergüenza. Huí. Me vine a México, a las calles, fui al teatro, fui a paseos. Nada me ha interesado ya. Todo es tan triste, todo es tan pobre... tan feo... Fui al cementerio y vi mi tumba. Me recé y me lloré. Como lloré, Dios mío, cómo lloré...

MARGARITA.—¿En tu sepulcro?

MALVINA.—¡Claro! ¡Por mi muerte! ¡O crees que no tengo sentimientos? Y me asomé tantito, adentro, a ver cómo estaba yo... ¡Ay, qué ocohnada tan grande, hijal! No sabes qué pudridero y qué... ¡Nunca se te ocurra ver tu propio cadáver! Yo que esperaba contemplar mi rostro tranquilo y noble, las manos en el pecho... ¡Y que voy hallando chica calaverota, hiviendo de animales! Mejor ni te cuento...

otro lugar un poco más... cómodo. Había panes y alguna que otra persona conocida... Y nos reunimos y... Hacemos grupos, para hablar de nosotros mismos y de nuestros problemas... Rezamos el rosario, cantamos un poco a veces... (Llora mansamente) Dios... no estaba de acuerdo... con nuestra vida. Entonces... estoy en el Purgatorio, hijita. Y vine... vine... a pedirte perdón.

MARGARITA.—¡Mamá! (Corre a abrazarla: no se puede, Malvina es impalpable) (Mamá (Se arroja)) No digas eso, mamá. Dame tu bendición y perdóname a mí.

MALVINA.—Vamos a perdonarnos las dos, por las dudas. Nunca sabe una cómo se porta de veras con la gente, lo que ocasiona con un gesto, con una palabra, lo que somos, lo que cada quien es... (Bendice a Margarita) Yo te bendigo, hija. Bendíceme tú ahora.

MARGARITA.—(Lo hace) Mamá, bendita seas.

MALVINA.—Ay, qué bien me cayó tu bendición. Y tus lágrimas, qué preciosidad. (Suspira) Me siento mejor. Ni te creas que la pasamos tan mal: hay algunas diversiones muy bonitas, hay... (Suspira) No está uno solo, pero... El otro día, Petrita se nos quedó viendo —Petrita es una amiga que conocí allá—, y de repente empezó a reírse y dijo: "Yo ya no quiero estar aquí, yo ya me voy". Y que se va poniendo muy luminosa, y allá va para arriba, como centella, como una estrella preciosa... Se nos fue. Pues... ni modo, ¿no? Qué

ahora... Si se acuerda. Cantamos un poco y... Nos alegramos, bastante. Bastante. A ver nosotros cuándo. Por lo pronto, yo no regreso al Cielo a que me hagan desaires, francamente. O no desaires, pero... (Llora. Canta un gallo) Pues ya me voy, ya es hora. Yo ya no creo que vuelva a visitarte, así que... Hija: adiós.

MARGARITA.—¡Mamá! ¿Por qué?

MALVINA.—Nuestro grupo ha empezado... Hemos ido haciendo excursiones, cada vez más arriba; así se descubren cosas, o se acuerda una de gestos, o de palabras que han sido como un lastre o como una tortura sin darnos cuenta. Ya hasta nos va gustando esa música... Y se acostumbra uno más a la luz, ya no lastima tanto. Y se olvida de todo por un momento, hasta de quien es una, eso es divino... Pero vuelvo a acordarme, luego y me regreso a nuestro rincón... Cada vez somos menos, y... No sé. Tal vez un día tampoco vuelva yo. Ojalá, ¿verdad? Digo, no estoy segura de querer no volver, pero... A ver si puedo darte un beso. Va a ser difícil... (Le besa en la frente) Sí pude. Qué bueno. Te recomiendo que estés contenta y... que tengas cuidado.

MARGARITA.—¿Con qué?

MALVINA.—¡Con todo! Yo me he enterado de gente que ha ido a dar al infierno, qué horror. Dios nos libre, ¡al infierno! por hacer ciertas cosas... Y de otras gentes, que han hecho más o menos lo mismo (y que se han ido al Cielo derechitas) Todo el asunto está en el más o menos... y en

seguiremos hablando. Ahora, tengo una fantasía.
Bésame un pie.

MARCELO.—¿Qué? ¿Qué has dicho?

RENATA.—¿Estás perdiendo el oldo con la edad?

El va a salir: recoge sus cosas, abre la puerta: se detiene. Regresa. Se arrodilla con trabajo, se queja levemente.

RENATA.—¿Es tan doloroso besarme un piecito?

MARCELO.—No son quejas morales. Peores cosas he besado. Da igual. Me duele... un principio de lumbago... Algo rígida la cintura. ¿No puedes alzar un poco esa extremidad?

Ella no se mueve, sólo se alza la falda. El la besa en el pie.

Se abre la puerta y entran Margarita y Martín, que cargan una canasta de mandado. Sobresalto de los otros, asombro inmenso de los que llegan.

RENATA.—Ya deje, yo puedo amarrarme ese zapato. Es usted, digo eres muy gentil. Gracias.
(Se aleja)

Grito de Marcelo.

RENATA.—¿Qué sucede? ¿Tu lumbago?

MARCELO.—Me pisaste una mano.

RENATA.—Ay, lo siento mucho.

Marcela camina a gatas sin poder levantarse.

Lo logra, llegando a la silla y apoyándose en ella. Queda erguido.

MARCELO.—Buenas noches, Margarita. Digo, buenos días, es verdad, es de día.

MARGARITA.—Buenos días.

MARTIN.—(Fuerte) Buenos días. ¿Ves cómo na-

die me contesta nunca? Y tú, insistiendo en que yo salude.

MARGARITA.—Mientras tú tengas buena educación, qué te importa si los demás no. Trajimos el mandado.

RENATA.—Estuvo aquí tu mamá, niño. Te necesita.

MARTIN.—Qué raro, acabamos de verla y no me dijo nada. ¿Para qué me necesitaba?

RENATA.—(Con los dientes apretados) Ha de querer que vayas a molerla.

MARTIN.—¿Tiene usted grasa de zapato en la boca?

Marcelo sale rigidamente a la calle. Se ha ido, trotándose los labios.

RENATA.—Estaba atándome un zapato.

MARGARITA.—¿Con los dientes?

RENATA.—No, pero es un caballero. Y... besó el zapato al terminar como hacen siempre los caballeros.

MARTIN.—¿Y siempre se van sin despedirse los caballeros?

RENATA.—Eres una criatura impertinente e insoportable, eso eres.

MARTIN.—Yo nada más preguntaba. Y a usted también la saludé al entrar y no me contestó. Le dije: buenos días.

RENATA.—(Grita) ¡Buenos días, buenos días, buenos días! ¿Estás contento? (Sale)

MARTIN.—¡Jamás voy a ser un caballero!

MARGARITA.—Pues no, ¿verdad? Ven, acompáñame a la cocina.

Salen.

te... Noticia importante. Intestado... efectivamente, ya... Resuelto. Todo tuyo, Renata. Todo.

RENATA.—(Risita.)

MARCELO.—Felicitaciones... Adiós.

RENATA.—Hablas como telegrama.

El va hacia la puerta, vacilante. Ella no se ha movido. De pronto como un animal que se suelta de golpe, él deja caer abrigo, bastón y sombrero, avanza sobre Renata, la abraza con furia y la besa en la boca como si quisiera matarla. Ella alcanza a lanzar un "aah" de terror, aspirado. Larguísimo beso: ella agita las manos en todos sentidos, mueve los dedos, extiende los brazos... De pronto se desploma, desmayada. El la deja caer. Después, la ve tirada con cierto asombro. Ahora él empieza a reírse. La mueve con el pie. Renata vuelve en sí, se incorpora un poco, lo ve.

RENATA.—Ay. (Se sienta) No sé qué me pasó. Sentí algo... como un relámpago blanco que me salló de la cintura, se me extendió por todo, me nubló la vista... Ay. ¿De qué te ríes? Yo también me río, de lo mismo. A nuestra edad, sólo un idiota se escandaliza de sí mismo y no cambia. Yo no cambio... y no soy idiota. ¡Dame la mano! Finge que eres un caballero. Ahora, espero oír lo que vas a proponerme.

MARCELO.—¿Lo sabes?

RENATA.—Sí. Tal vez acepte... Tal vez no...

MARCELO.—Es que... sería una lástima. El convento, y ella tan joven... Hay otros modos de expiación...

RENATA.—Tú, por ejemplo. Eres la expiación perfecta para cualquier infeliz que se case contigo.

Un silencio. Se ven. Sonríen feroz y lóbregamente.

MARCELO.—Pues sí.

RENATA.—Debo pensarlo. Y pensar en algunas condiciones... Por ejemplo: dos recámaras. Ella puede conservar la suya, tú, dormir en la de Malvina...

MARCELO.—De acuerdo.

RENATA.—Bésame otra vez.

El duda. Va a insultarla. Ella sonríe: es la más fuerte. El va y la besa.

RENATA.—Poco esmerado, inferior al primero. Pero hablemos de mis expiaciones. Tengo tanto que expiar... Si el mundo fuera un sitio ordenado, cuerdo, armonioso... esa niña enviudaría en pocos años. La vas a hacer, desde ahora mismo, tu heredera universal.

MARCELO.—Está bien.

RENATA.—Pero siendo la vida lo que es, y habiendo tantas confusiones... podrías enviudar tú. Y en ese caso... vas a casarte conmigo.

MARCELO.—¿Yo? ¿Contigo?

RENATA.—Dije sólo en ese caso. ¿Aceptas?

MARCELO.—Sí. Acepto.

RENATA.—Y vas a traer un acta notarial en que me hagas dueña de todas tus propiedades, como consuelo, en caso de que pudiera yo perder a mi sobrina... Ella es lo único que tengo en este mundo. ¿Vas a traerme esa acta?

MARCELO.—Se llama testamento. Sí.

RENATA.—¿Cuándo?

MARCELO.—Algunos días. Lleva tiempo.

RENATA.—Pues cuando traigas esos papeles,

Margarita, aún con la pluma en la mano y con el diccionario abierto, ha terminado de traducir un párrafo. Mueve los labios, revisándolo. Luego, lee en voz alta:

MARGARITA.—"Casarme, ¿te horroriza la idea? Te ruego, querido padre, que me escuches. ¿Y quién será el objeto de mi amor? No te horrorices otra vez, te lo suplico. ¿Seguramente que no será una de las Weber? Sí, es una de las Weber, pero no Josefa, ni Sofía, sino Constanza, la de en medio. En ninguna otra familia me he encontrado con tales diferencias de carácter. La mayor, es una mujer indolente, pérfida y astuta como una zorra. Aloysia, madame Lange, es una persona falsa, maligna y coqueta. La menor, es demasiado joven para ser nada en particular. Pero la de en medio, mi buena y querida Constanza, es la mártir de la familia y, tal vez por esa razón, la más tierna, inteligente y, en resumen, la mejor de todas".

Entra el joven: viste a la moda del siglo XVIII e incluso viene peinado con trencilla y lazo.

MARGARITA.—¿Y eso? (El da la vuelta, exhibiendo su atuendo) Creí que se había convertido en Mozart.

EL JOVEN.—No, todavía no.

MARGARITA.—Pero está empezando por la ropa...

EL JOVEN.—Es mi capullo. Cuando me vea desnudo, es que ya me volví Mozart.

MARGARITA.—¡Nomás faltaba que fuera a verlo así!

EL JOVEN.—Será que va usted a apagar la luz.

MARGARITA.—Grosero. Pelado. Lépero. Chocante. Dígame por qué anda vestido así.

EL JOVEN.—Mi traje, ya lo conoce usted, un poco usado pero elegante, de muy buen corte y tela muy fina... (Cara escéptica de ella) Mi traje, sin embargo, ya se veía lustroso y descolorido, un poquito luido en algunos tramos...

MARGARITA.—Bastante.

EL JOVEN.—Pues por muy poco precio, hay un sastre que lo voltea al revés, y la tela por el revés está nueva. Y como no tengo otro, en el teatro me prestaron éste.

MARGARITA.—¿Y así salió a la calle?

EL JOVEN.—Así han salido a la calle millones de personas.

MARGARITA.—¡Pero hace cien años!

EL JOVEN.—No veo la diferencia tan grande entre hace cien años y hoy.

MARGARITA.—La diferencia está en la ropa.

EL JOVEN.—Pues si alguien me pregunta por qué ando así, o se me quedan viendo, les digo que mañana habrá una función especial de ópera, y que vayan.

MARGARITA.—¡Pero son mentiras!

EL JOVEN.—No: es verdad. Y me pagan varios reales por anunciarlo.

MARGARITA.—Eso explica todo.

EL JOVEN.—Lo demás, también. Una explicación no excluye otras.

MARGARITA.—¿Y qué ópera cantan?

EL JOVEN.—Don Giovanni. Tuvo tan grande éxito que la repiten. Además, es un beneficio.

MARGARITA.—¿Y su... amiga? ¿Esa cantante

EL JOVEN.—El beneficio es para ella. Desde su triunfo, la admira tanto el empresario que...

(Calla)

MARGARITA.—(Lo observa) Que le organiza beneficios. Y usted cobra unos reales por anunciarlos... Y ella... triunfa... sola.

EL JOVEN.—Sola, no. Con el empresario.

MARGARITA.—¡Qué infamia, qué infamia, qué infamia! Quisiera ir a la función para arrancarle las joyas y las sedas y arañarla, en el escenario, delante de todos. ¿Y ese señor, el papá de ella?

EL JOVEN.—Ese señor es un buen hombre. Me regaló su violín.

MARGARITA.—Un violín viejo a cambio de sus cartas de Mozart.

EL JOVEN.—Ese violín tiene la firma del fabricante: Guarnerius.

MARGARITA.—¿Y qué?

EL JOVEN.—Es un instrumento con una voz bellísima y un regalo muy excepcional. (Baja la vista) Ellos se van a Italia. El me ha dejado ese violín.

MARGARITA.—(Lo observa) Ay, ay... (Ahora tiene lágrimas en los ojos) Y usted... Ay. (Le toma una mano) Lo siento mucho. Es horrible todo.

EL JOVEN.—(Con la voz apretada) Es muy hermoso todo. Así debía ser.

MARGARITA.—¿Hermoso? ¡Es horrible!

EL JOVEN.—¡De esas cosas se hace la vida! Triunfos, desastres, regalos, olvidos, recuerdos, despedidas... encuentros. De esas cosas...

EL JOVEN.—Y luz y sol y flores que salen de todo eso.

MARGARITA.—Y podredumbre, y musgo, y limo viscoso con gusanos, que brotan de las flores y el sol...

EL JOVEN.—Y flores y sol y mariposas, que brotan del musgo y la podredumbre y los gusanos...

Lo dijo sonriendo suavemente y dibujando despacio un círculo en el aire, mientras iba ralentando las palabras.

MARGARITA.—(Sonríe) Necio. ¿Y Mozart que brota de trajes viejos, embodegados en un teatro?

EL JOVEN.—Exactamente. ¿En quién espera usted convertirse?

MARGARITA.—¿Es necesario que me convierta en alguien?

EL JOVEN.—Es una ley biológica, la de la generación espontánea. ¿No sabe usted ciencias? Los gusanos hacen capullos y ya sabemos lo que se vuelven; si pone trapos viejos y queso en un rincón, al rato se hacen ratones; cuando llega el invierno y en ciertas circunstancias, los patos se convierten en cisnes: ¿En qué se va a convertir usted?

MARGARITA.—En Constanza, si no hay remedio. (El va a besarla. Ella se retrae, se pone lóbrega) No, en Constanza no. Pasó hambres. Se le murieron los hijos.

EL JOVEN.—Todos, no.

MARGARITA.—Suficientes. Siempre debían dinero. Suélteme la mano. Ha de haber sido tonta.

MARGARITA.—¡Es un hermoso día de primavera! Se ve que estamos en mayo. Es uno de esos días en que los campesinos bailan el vals entre los claros de los árboles.

EL JOVEN.—Bailan apisonando el suelo, bailan con un compás de tres por cuatro, un compás machacón, circular y borracho, apisonan la tierra con un compás hecho para los osos y los jóvenes, que hace pensar en la cintura del mundo dando vueltas...

MARGARITA.—Ese compás de vals que usaste en una sinfonía.

EL JOVEN.—Ese compás que usé para el final de aquella sinfonía en sol mayor y que me da alegría porque encierra un recuerdo. Algo que nunca le confesé a mi padre, bailé una tarde entera y bebí con los campesinos, bailé ese tres por cuatro aquí, con los campesinos. Habíamos llegado de Salzburgo, del malvado Salzburgo, de la tierra del arzobispo infernal y sus demonios, de los dominios del arzobispo y del conde Arco. Y el mundo entero me parecía cerrado, el mundo me parecía un inmenso Salzburgo, reino del desconsuelo, el postergamiento y la injusticia. Había yo estado discutiendo con mi padre: "vamos a quedarnos en Viena, mi hermana y yo podemos dar clases, aquí hay amigos, aquí nos quiere la gente". Y él, aferrado a la seguridad, a la paz falsa de tener un bocado diario y unas paredes pobres para aislarnos de la intemperie, aferrado a Salzburgo. Discusión tan inútil, tan amarga... Me salí a caminar, a caminar... Y de pronto, al oscurecer, ya no estaba en Viena sino en el bosque, y estaba allí ese árbol, enflorado y enlisonado, cubierto de

linternas. Y había música, baile, ese compás de tres por cuatro... Tomé vino y bailé los vales, bailé, jugué... Y besé a las muchachas... A una muchacha... (Ríe, se acuerda)... ¿No te enojas de que te cuente esto?

MARGARITA.—No. Pero bésame aquí. (Se besan) Ahora, baila conmigo.

Bailan. Cesan. Cesa la música.

EL JOVEN.—Bailamos; comimos; bebimos un poco de vino... Y el cochero bebió y comió también. Hay que seguir ahora. Nos esperan en Praga.

Suben al coche.

MARGARITA.—¡Wolfgang! Ese aroma de rosas... ¿Sabes qué era? Se me regó un perfume. Por eso el coche está impregnado.

EL JOVEN.—Por eso el gusto y el bienestar.

MARGARITA.—Era un perfume carísimo.

EL JOVEN.—Qué bueno. Gastarlo todo, de una vez, y no seguir escatimándolo. ¿No ves? Es un augurio. Todo el viaje lo haremos en un aura de rosas. Praga va a recibirnos con amor.

MARGARITA.—Más le vale. Vas a llevarle un regalo prodigioso.

Arranca el coche. Se van.

Se abre la puerta y entra Viola. No los ve, de momento.

VIOLA.—¡Muy buenas tardes! ¿No hay nadie aquí?

MARGARITA.—(Sobresaltada) ¡Doña Viola, buenas tardes. Aquí estoy.

VIOLA.—Ay, qué susto me has dado. No te había visto. (Ve al joven) Ah, Pero acaba de atender al señor.

MARGARITA.—Ese señor ya se iba. Vino a comprar unos listones. Que le vaya a usted bien.

El hace una caravana y sale.

VIOLA.—Qué modo estrafalario de vestirse tienen los jóvenes de hoy. Y esos pelos que trae, ¡amarrados con una cinta! ¿Has visto cosa igual? *(Mueve la cabeza)* Pues yo quería unos listones rojos y amarillos, pero creo que mejor voy a llevarme los verdes. *(Ve en torno)* Están como muy de moda, ¿verdad?

5

Renata lee un libro viejo con fruición.

RENATA.—*(Murmura, regodeándose en cada palabra)* Láudano. Beleño. Acónito. Cianuro. Agua regia. Agua tofana. Huesos de sapo. Arsénico. Cantáridas. Antimonio. Limaduras de cobre. Semillas de campánula. Recetas para acabar la voluntad. Recetas que provocan delirios. Recetas para despertar el amor —bueno, en realidad es el deseo—. Se parecen tantísimo. Hay quien diga que no: yo los encuentro idénticos. Recetas para quemar la piel, para desfigurar. Recetas que se administran diariamente, para enfermar y consumir. Recetas para acabar la inteligencia y el sentido común. Recetas para tullir. ¡Este libro es precioso! Recetas que provocan tumores, deformidades. Recetas que dan hipo. Recetas que dan náuseas y vómitos incesantes. Y algunas cuantas, las más selectas, las que paran el corazón de golpe, como un rayo secreto... rayo que a veces tarda en descargar.

un mes... o una semana... ¡Un excelente libro de recetas!

Entra Viola.

VIOLA.—Se ve que a usted le encanta la cultura: siempre la veo leyendo.

RENATA.—Es un libro muy viejo que me compré en el Volador. Publicado en España, pero alguien lo llevó a Viena, porque están el nombre de esa ciudad y la firma de su primer dueño; un señor Salleri.

VIOLA.—Pues yo quería comprar un real de cascarilla.

RENATA.—Con mucho gusto. *(Va a los cajones, busca en varios)* ¡Margarita! ¡Margarita! Ella le va a despachar. *(Esconde el libro)*

Entra Margarita: trae puesta la bata de Malvina, le queda un poco grande; se arrebujá mucho con ella.

VIOLA.—¡Pero qué tristecita! ¿Estás enferma?

MARGARITA.—No, estoy bien. Tengo un poco de frío.

RENATA.—Dirá usted que el color de la bata que trae esta criatura no es luctuoso, pero era de su mamá. Y aquí entre casa.

VIOLA.—Por supuesto.

RENATA.—Es muy chiquilona. Entre más la mi-ma una, más quiere. Ahora le llevo un chocolatito a su cama, todas las mañanas. La estoy malcriando mucho.

MARGARITA.—Cascarilla; tenga usted.

VIOLA.—Otra cosa quería comprar; no me acuerdo cuál era. Les mandaré después a Martincito.

RENATA.—Venga mejor usted, personalmente.

tanta mentira, tanto cuento, de que la vida tiene que ver con flores y violines y soles. ¡Yo sé muy bien que no es así! Yo sé cómo es la vida. Ya te lo he dicho. Ya lo sabes.

MARGARITA.—Sí. Algo me imaginaba... Ahora ya lo sé.

Renata se arrodilla junto a ella.

RENATA.—¿Vas a casarte con Marcelo? ¿Verdad?

MARGARITA.—Sí. Voy a casarme con él.

RENATA.—Qué bueno. Para que estrenes un traje de novia primeroso que te mandé pedir a París. Pues yo dije: "por si se ofrece; esta niña se ha de casar algún día..." Y te encargué un vestido. Ya ves, lo vas a estrenar muy pronto. Qué bueno que tu tía es tan precavida.

Entra Viola.

VIOLA.—Ya sé lo que quería: ya sé. Unas horquillas. De esas modernas que acaban de traerles.

RENATA.—Cómo no, doña Viola. Dáselas, Margarita. Está emocionada porque se va a casar.

VIOLA.—¿Cómo? ¿Cuándo?

RENATA.—A ver, a ver. En alguna fecha bonita.

VIOLA.—¿Pero con quién?

RENATA.—Con don Marcelo, que la quiere tantísimo y es tan buen hombre.

VIOLA.—¿Con ese?! *(Aspira una exclamación)* Mire qué cosa... *(Débilmente)* Ay, pues te felicito, ¿eh? Qué bueno.

MARGARITA.—Aquí están sus horquillas.

Entra Marcelo, con una caja.

MARCELO.—Adivinen qué traigo aquí. Adivinen.

RENATA.—Marcelo: calla por un momento tus

adivinanzas y escucha lo que voy a anunciarte: Margarita ha aceptado ser tu esposa.

MARCELO.—Ha... *(Deja caer la caja)* Margarita, ¿es verdad?

MARGARITA.—Sí, don Marcelo.

MARCELO.—¡Margarita!

Tropieza, levanta la caja, se arrodilla, le toma la mano, se la besa.

MARGARITA.—No me vaya a besar los pies, ¿eh?

MARCELO.—¿Por qué no? Los pies, la orla del vestido, la suela de los zapatos, el polvo que has pisado... *(Lo hace)*

MARGARITA.—Luego no va usted a poder levantarse.

MARCELO.—*(Siempre beuqueando)* Margarita... No me hables de usted. Ahora eres mi novia. *(Le besa las manos)*

RENATA.—Deja de ensalivarle la mano y dale tiempo a que se acostumbre. Poco a poco aprenderá a tutearte. Aprenderá muchas cosas...

La acaricia, Marcelo se levanta con esfuerzo.

MARCELO.—Vengo de la Aduana. Me han entregado al fin este paquete. Aquí está. Qué buen momento. Qué buen augurio. ¡Es el traje de novial!

RENATA.—¡Mira, el que pedí a París! ¡Qué casualidad!

Rompe la envoltura, espía el interior.

RENATA.—Creo que es algo muy especial. Criatura: tienes que probártelo.

MARGARITA.—No.

RENATA.—¡Sí!

MARGARITA.—¡No!

Tomala caja. Saren...
trada por Viola, Renata y Marcelo se ven. Un silencio.

RENATA.—(Al fin) Qué curioso resulta, ¿no? Cuando todo mundo logra realizar sus deseos. Esto es lo que la gente llama un final feliz. Margarita quería la seguridad, tú querías a Margarita...

MARCELO.—(Galante) Y tú me querías a mí. Bien lo dijiste, tengo alma de sultán.

RENATA.—Lo más curioso... (Calla, Sonríe para sí)

MARCELO.—¿Qué?

RENATA.—Vamos a beber un vaso de vino. Es ocasión para eso, ¿no?

Saca una botella y dos vasos.

MARCELO.—Ah, estabas prevenida.

RENATA.—Pensé que hoy sería un día para brindar, sí. (Sirve) Cuando las cosas se acercan tanto al momento anhelado, debemos brindar, como una forma de apresurarlas un poco. Ay, ya viene Margarita.

Marcelo va a ver.

MARCELO.—¿Tan pronto?

Renata vierte una botellita en el vaso de Marcelo. La esconde.

RENATA.—Se me figuró. (Toma su vaso) Salud, Marcelo. Por la felicidad de cada quien.

relame) Voy a tirarlo. Lo más curioso, es este movimiento de la vida. No puede haber, en serio, uno de esos finales en que cada quien logra lo que quiere. Alcanzamos algo, lo más soñado; ya no somos los mismos y ese algo nos viene a resultar insípido e inepto. Y hasta llegamos a decir: "¿quién lo soñó? ¿Pero habré estado loca?" Y otros anhelos nuevos van asomándose a la distancia...

MARCELO.—(Enojado, contenido) ¿Por qué me dices eso?

RENATA.—Es una idea abstracta. Hablo en términos generales. ¿O piensas que lo digo por nuestra pequeña intimidad de la otra noche?

MARCELO.—¿Pequeña? Pasamos la noche juntos.

RENATA.—Ay, pues. ¿dije pequeña por decir. No sé por qué pensé en esa palabra. Este vino se ha de haber pasado de viejo. El vino maduro es delicioso, el vino viejo es vinagre. No, decía yo que un nuevo anhelo puede surgir, porque ahora he tenido sueños de independencia y de riqueza. De viajar y conocer gente.

MARCELO.—Independiente, ¿o eres? Puedes irte.

RENATA.—Sí. Pero no soy tica, como tú. Qué envidia. Y sin embargo, aquí mismo, aquí en México, ¿vieras cuántas relaciones interesantes.

MARTIN.—¿De quién es este libro de venenos que está aquí?

RENATA.—¡No tientes lo que no es tuyo y vete! *Martin va y recoge los dos pedazos de la carta. Los da a Margarita.*

MARTIN.—Confiar... y esperar. Eso quiere decir la carta.

MARGARITA.—(Ve los dos pedazos) ¿Confiar? ¿Y esperar?

MARTIN.—El dijo que eso quería decir.

MARCELO.—¿Quién tiene un libro de venenos?

RENATA.—Ha de ser Margarita. Qué cosas leen las jóvenes de hoy.

Marcelo la ve. Va a la botella, la destapa y bebe un trago. Se queda viéndola. Retrocede.

MARCELO.—Este vino... este vino...

RENATA.—Ya dijiste que sabía horrible.

MARCELO.—Este vino no sabe horrible. Y tú me diste un vaso espantoso.

Si Todos ven a Renata.

Se abre la puerta de golpe y entra el joven: viste otra vez a la moda del siglo XVIII pero en seda blanca, elegantísimo. Rachas de viento, ráfagas de luz brillante: revolotean cortinas y trapos y helechos, palpitan relámpagos blancos entre las junturas de los muebles.

Música: El final de La Flauta Mágica, desde "¡heil sieuch Geweihten!"

EL JOVEN.—En el puerto hay un velero.

con las velas desplegadas,

las nubes huracanadas

lo empujan de su astillero.

Yo contigo partir quiero,

veo que tu respuesta es obvia:

con tu vestido de novia
me dices: yo también quiero.

MARCELO.—Me está sucediendo algo. No veo bien. No oigo bien. ¿Qué has hecho, Renata? ¿Qué me has hecho? Siento un dolor aquí...

MARGARITA.—Esta ropa funeral que llevo para mi mal no es un vestido nupcial: tejida está con veneno, con ortigas y con cieno, esta ropa funeral.

VIOLA.—Mi vida está formada de puras mentiras, pero me encanta: limpio en la sala el polvo de los juguetes de porcelana, bordo en punto de cruz, cocino, veo crecer a Martincito, muchísimo más listo y más gallardo de lo que una madre vulgar podría esperar... Pero hay tanto que no entiendo. En esta tienda, he visto cosas muy raras...

MARGARITA.—Suélteme usted. Un viento empujando barcos al mar abierto, a las tormentas y a los rayos y a los naufragios. ¡No quiero!

EL JOVEN.—Y un aguacero que revuelve el pantano y hace correr las aguas estancadas hacia el mar.

MARCELO.—No estoy bien. Estoy sudando. Algo espantoso le está ocurriendo a mi cuerpo.

RENATA.—Tienes miedo, eso es todo. No hay razón para que hoy sientas nada.

MARGARITA.—No voy a sanar. Siempre tendré miedo. Siempre voy a tener un poco de veneno en la sangre.

EL JOVEN.—Escogemos la música que oímos, escogemos la vida diaria, el mundo que nos ro-

dea. Escogemos los rostros que nos rodean, la luz que nos alumbramos. Escogemos la música, y al que tiene se le dará más.

RENATA.—Son un insulto a la inteligencia y a la razón. Los escupiría a los dos. Los envenenaría a los dos, por imbéciles y por ciegos.

EL JOVEN.—Y allí en la esquina está la diligencia, esperándonos.

MARGARITA.—¿Vamos a irnos? ¿Voy a irme?!

EL JOVEN.—Y en Veracruz espera un barco. Porque escribí una ópera. Van a estrenarla en Viena.

MARGARITA.—¿De verdad?

EL JOVEN.—De verdad.

MARGARITA.—¡Ya te volviste Mozart!

EL JOVEN.—Ya casi.

MARGARITA.—No me puedo ir contigo. ¿Qué va a decir Constanza?

EL JOVEN.—Ahora, tú te llamas Constanza.

MARGARITA.—(Con arrebatado súbito) ¡Niños enfermos, deudas! ¡Viajes a Praga! ¡Aplausos! ¡Intrigas! ¡Fracasos! ¡Estrenos! ¡Vestidos viejos! ¡Y la cocina, y el panadero! Y los conciertos, los viajes diarios al mercado... ¡Qué hermoso todo! ¡Qué hermoso!

MARTIN.—¿Y yo?

EL JOVEN.—Tú ya sabes lo que esperas.

MARTIN.—Sí: montañas, cuevas, caballos... balazos... Y tal vez... Sí, tal vez también... (Calla y se queda imaginando cosas)

Sube la música: Margarita y el Joven avanzan a primer término y salen, ligeros, como volando, tomados de la mano, por la luneta. La luz los si-

gue. Penumbra al escenario, menos al área de Martín y Viola.

VIOLA.—¡Se fueron!

MARCELO.—¡Estoy ardiendo!

RENATA.—Arde. Yo he estado ardiendo siempre.

TELÓN

Pittsburg, enero de 1971/México, D. F., febrero 10 de 1974.

David Verduzco, Mercedes de la Cruz
y Carlos Vidaurri: El joven,
Margarita y Martín.



152 SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS